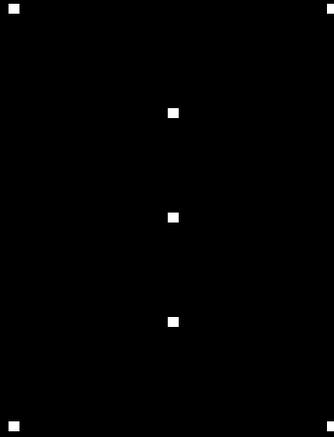


Met Zodiaco



Copy&Hack

2012

“Sus obras van en contra de una sana tradición nacional.

Son inmorales.

Son oscuras, bárbaras, ininteligibles.

Lo que su autor quiere es llamar la atención con su excentricidad.”

Pedro Salinas

“La destrucción era mi única Beatriz.”

Mallarme

La copiadora imprimía hojas negras. Hoja negra sobre hoja negra. Tóner estropeado. Narrador abducido. Guillotina precipicio. Software maligno. Cortocircuito. Estallan los teléfonos negros. Las baterías derraman litio. Los niños se envenenan. Nada volverá a crecer en los baldíos. Norton ha encontrado un virus.

La mente pierde proporción. Impasible lógica de combinaciones. Desarmar una bomba de relojería. Resolver el crimen. Cortar el cable rojo. Continuar con la narración. Quedan tres vidas. El agua sucia se espuma. Espuma veneno. Amonio y cianuro. Se derriten los dientes.

La copiadora no se detiene. Todo se va a la izquierda. Mi mente descompone la escena. Tiempo real degenerado. Castillo hechizado. Luz negra. Usted no se atreve a terminar mi novela. Mientras lee será

asesinado. Se lo dice el autor. El hombre que regresó del infierno con un desarmador. La última vuelta de tuerca. Un tornillo atraviesa su frente. Su esposa grita. A sus hijos ya les cortamos los párpados. Todos están vivos. Mecánica naranja. Mecánica popular para niños. Henry James desarma un reloj. A Henry se le ocurre una idea. Es una idea nueva.

Narrativa video. ¿Dónde está mi cámara?

Cierto, la vendí para conocer Edimburgo. Ésta debería ser mi primer película, no mi primer libro. Tendría más seguidores. Más oportunidades de sostener una estatuilla. Yo David Fincher. Yo Terrence Malick. Hollywood empieza con H. La copiadora se transforma en robot asesino. Comienza el videojuego.

A: Corres. En el videojuego sólo se puede correr. En las verdaderas pesadillas sólo se puede escapar.

Ficción: dispositivo. Gadget del 007. 007 persigue a Lucifer, lleva su copiadora. Es Rusia, hace frío. Cambiamos de canal. Nos brincamos el porno del Golden 2. Un pastor protestante en astral superior. La virgen maría. Gringas enseñando las tetas. Las extrañas películas de TV UNAM. Programación para adultos. TV

para adictos a la energía. A la ultra energía yo soy estrella y centro de la tierra.

Microinyectores de sida aguardan silentes en las cartucheras. Venablos de ira. Horror corporativo. Fin del mundo. Poesía virus. 2Y2K. Conjuro de luz negra. Aquí aparecen los créditos en Neu Helvética. Aquí dice Nintendo. Clasificación ESRB: A+ Sólo Adultos.

(Necro Hard Boiled Sex 4)

Voz en Off (Demían Bichir): El demonio vive en nosotros. Murió por nosotros. Somos nosotros. Los Cristos Quetzal. Los Señores de Aztlán. Ciudad México incendio. Roll On. Retorno.

Voz en off (Edward Norton): Papel Bond de 75 gramos. Laser Jet furiosa se estrella en Ciudad México. Última pista. Tóner estropeado. Scan. Copy and Hack. Principio fin novela. Manifiesto desastre: relato de serie negra.

Tenga paciencia. Está a punto de ocurrir algo. Usted va entender qué ocurre. Va a saber quién es Hack. Quién soy yo. Quién es mi chica y cómo se llaman mis amigos.

Créame. Siga leyendo esta novela. Va arrepentirse.
Voy a cambiar su vida.

El detective descubre su cementerio privado:

Es un cuarto de papelería. Iluminación Led. Ciudad México. Al centro del cuarto una copiadora histórica. Yo soy quien escribe la novela. El último personaje. El muchacho que inició la broma. Sin saber que la broma iba a ser fantasma. Fantasma y cuerpo. Presencia visible.

Simulacro:

Ya Hack me lo había advertido, es el escritor quien tiene que aprender a discernir, componer, copiar, pegar, montar. Así resuelve el crimen, así encuentra el final de la novela. Así entendemos la historia, los discursos, el poder.

Hack desaparecido. Ese es el final de la novela.
Hack me obliga a vivir. Luego escribo. Voluntad de intriga.
Ingeniería del terror.

Para cuando escribo mi primera novela Hack ya no está aquí. Mucha gente se ha ido. En este mundo todos se van. Camus muerto. Sábato muerto. Todo muriendo. El cuchillo vacilante desprende címbalos blancos. Argelia veneno. El señor Meursalt sale a matar y descubre un cadáver.

No hay asesinato. No hay asesino. No hay detective. Sólo un hombre desaparecido que no va aparecer. Mátalo Maurice. Mátate Hack. Albert Camus en una mecedora aburrido.

Acción:

Rugido láser. Programación desconocida. Máquina decidida a no detenerse. Feroz y exacta. Como tren rápido al fin de la noche. Walter se vuela la cabeza. El vagón sigue su curso. Dos horas después encuentran el cadáver. Reproducción. Masas. Mercado. La ley de Pareto. Sólo el veinte porciento de adjetivos. Esa es la historia. Suave patria. México veneno.

Las hojas negras se fueron recopilando en la plataforma de salida. Hoja negra sobre hoja negra.

Una vez más frente a la fotocopidora. Vuelve a iniciar la novela. Escritor detective desvelado. Ganas de toser sangre. En su garganta no hay sangre. Sólo magma rosa y dientes.

Sostengo las hojas entre las manos. Sostengo las hojas negras.

¿Qué son ciento cincuenta hojas negras?

Una constitución.

Una constitución para ratones ciegos. Una constitución que sólo puede leer la gente que ve en la obscuridad. Una constitución para nictálopes.

Aquí es mi primera novela. Mi país, mi clima, mi mundo privado. Las hojas negras mi constitución. Yo sé. Aún no ocurre nada. Espere. Tenga paciencia.

Que quede claro:

Entro al cuarto de fotocopiado. La fotocopidora imprime hojas negras. Hoja negra sobre hoja negra. Es terrible. Causa magma y baba. Hack ha muerto. Yo no me

siento bien. Me acerco a la copiadora. Es la constitución del hacker ratón. Vacío y auge. Auge e historia. Instante crucial en la tierra.

Operaciones mentales:

Cuando los personajes son ideas y la estructura de la narración está inspirada en la personalidad de un delincuente, todo indica desastre.

Se enciende la copiadora. Hacemos click en el simulador de pesadillas. Road trip esquizofrénico. Pesadilla relatada: Hack desaparecido. No hay desafío motriz. No hay que cruzar el pantano. No hay que dispararle a nadie. Sólo hay que esperar.

Pura psicología, pura mala onda. Puro lenguaje. Joyce se estrella en una motocicleta. Joyce División. América caníbal, arena movediza. Se me va la novela. Ian Curtis convulsiona frente a su chica.

Me desvío, la novela se desvía. Entre sonido y sentido. Entre las aventuras y los apocalipsis; entre la formación sentimental y la madurez sangrienta, entre la sobrevivencia y la profecía, entre el homenaje y la destrucción.

Hack está muerto y si no está muerto huye de casa para destruirse. No lo voy a volver a ver. Hack atraviesa américa deteniéndose a fumar un cigarrillo en cada hotel de paso.

Si Hack no aparece todo es mi responsabilidad. Acción y conciencia. Vida narratoética. Narrar y vivir. Ser rápido y listo. Escapar, no perseguir. Esperar.

62570 muertos y no hacer nada.

Escribir novelas en casa. Novelas para sobrevivir a la noche. Se tiende un mapa. Hay una ecuación en la ventana. El escritor desvelado descubre un misterio. Se ha estado metiendo coca y ha estado jugando Grand Theft Auto. Roba un auto y lo conduce en sentido contrario. El acelerador es gatillo. La aventura se invierte. ¿Cuál de los 70000 crímenes voy a resolver primero?

Yo fui asesino en la guerra de los medicamentos.

Siguiendo el trayecto del este los personajes desaparecen. Hay un mapa con GPS en la pantalla del auto. Es un autobús escolar para atropellar estudiantes. Nos persigue la policía. Hay que huir del país.

Sólo queda el narrador. Solo por supuesto. Entre sexo e incendios. Surgen los malos pensamientos. Las

cosas que no te gusta pensar junto al cadáver del abuelo.
Fantasía en los Funerales Modernos.

La copiadora imprime hojas negras. Hack se despide de mí. Adiós programador entonces. Estaba muerto para mí. No sé si se haya volado la cabeza. Era un buen tipo. No lo debí dejar en la cama con un arma. Hack. Extraño y miope Hack. El desvelo en auge. Pensamientos feos.

La fotocopidora al centro de la sala oscura. Un aparato blanco secciona un precipicio. Como si fuera una guillotina. La ventana negra de una guillotina. Ahí está yo. Hyper lúcido. Hyper luciferino. Hyper vivo. Ahí estaba yo. Ahí sigo yo. Muerto de miedo. La fotocopidora veloz separando en rebanadas un bloque. Las hojas se terminan. La fotocopidora enciende sus botones. Hambre. Contracciones. Ruido de motores. Grito sordo. Estallido.

Un hilo de baba negra se derrama por la escotilla de la máquina.

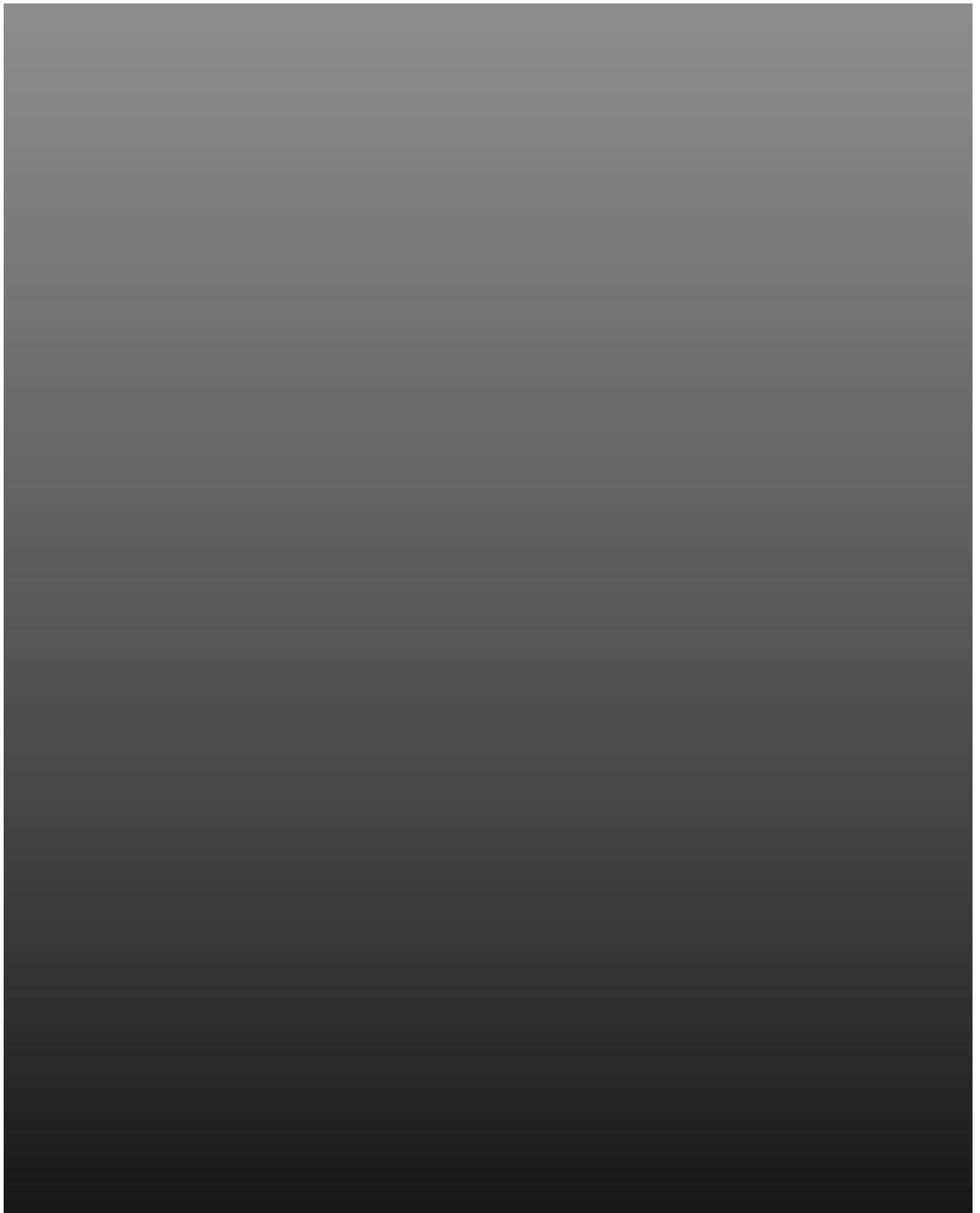
Explicación: Hack no iba regresar. Había hackeado su copiadora.

El revólver vuelve a brillar en su mano. En mi mente todo está iluminado. La tierra desacelera su curso. En animación se llama blur motion. Todo lámpara. Luz negra.

Lámpara de lava siniestra. Tóner descuartizado vía software.

El hilo negro corre. Corre y corre cascada sin sonido. Nada corresponde. Las ideas se corresponden. Salen a caballo mil nuevos sustantivos.

El hilo negro llega hasta el suelo.



ACCIÓN

“¿Qué es una novela policiaca? Un intento de organizar el caos. Por eso mi Cosmos, que me gusta llamar “una novela sobre la formación de la realidad” será una especie de novela policial.”

Witold Gombrowicz

Me acerqué, tomé las hojas y las guardé en un fólder. El fólder apareció en mi mano. Limpié con un pañuelo la mancha de tinta. Una mancha tan vertical y perfecta como una línea de tiempo. Apagué la luz del cuarto de fotocopiado y salí del edificio. Había un gran escándalo en la avenida. Autos incendiados y miles de policías. Marabunta. Espectadores y periodistas. Atraveso la calle. Estación de metro.

Escalera. Infierno.

Esperar al vagón. Beatriz destruida. Fólder con hojas negras. Cuadruplicar el contenido del fólder, buscar un concurso de novela.

“Escribí esta novela, es narrativa negra, narrativa en la que es imposible distinguir entre detectives, cadáveres y asesinos”.

Me bajé en la estación de Balderas y caminé a mi edificio.

¿Qué es un fólter con hojas negras?

Una vez en mi apartamento me serví un whisky, fui a mi alcoba y reuní los pliegos sobre la cama. Mientras le buscaba un orden a los rectángulos sentí mucho miedo.

Una hoja negra debe ser tan pavorosa como una blanca. Di vueltas alrededor de la cama, vi las hojas negras un par de veces más, vomité en el baño y pensé en el libro de historia que Hack estaba escribiendo.

Pensé en el libro perfecto.

El libro que leerían el próximo verano todos los suecos.

Un libro negro. Un libro sin forro. Ni portada. Ni lomo. Un libro hojas negras. Un libro de historia de México. Del México negro.

Un libro con 70000 muertos.

Un libro sobre una Guerra.

Sobre la I Guerra Mundial de los Aztecas.

Ese día una avioneta presidencial se estrellaría frente al edificio donde Hack y yo trabajábamos. Ahí iba el vicepresidente. Ya lo escucharíamos en la caja negra. Junto a los puentes. Autos encendidos. Yo estaba a salvo. Hack no estaba ahí.

Hack autodestruyó su copiadora.

No sabemos si destruyó la avioneta.

¿Es posible tirar una avioneta desde tu Linux?

Los héroes del futuro no saben disparar, ni cargar un sable. Programan. Hacen estallar baterías de macbooks. Extorsionan a American Express a cambio de bugs y revisan todas la mañanas los mails de Sarkozy.

HACK: FOTORATÓN

“Serán procesados quienes intenten encontrar una finalidad a este relato; serán desterrados quienes intenten sacar del mismo una enseñanza moral; serán fusilados quienes intenten descubrir en él una intriga novelesca. Por orden del autor.”

Juan Carlos Onetti

Hack era desde hacía dos meses el encargado de las fotocopias en la agencia donde yo trabajaba. Papelero y copista de LSI (Laboratorio de Soluciones e Ideas). Un edificio en Palmas, junto a los puentes, sobre los túneles. Postproducción de audiovisuales. Mi jefe: un imbécil de treinta y cinco años. Maestría virtual por el Tecnológico de Monterrey. BMW. Cocainómano.

Mi trabajo: edición y montaje. Post. Copy Paste. Right Left. Great.

Especialidad: Optimizar la calidad de videos filmados en exteriores. Cuando una mujer me preguntaba por mi

ocupación le decía que me dedicaba a programar atardeceres.

No le estaba mintiendo. No sé si vieron el cortometraje de André Gaspar “Mujeres de la luz negra”, entre las oscuras escenas sexuales de la cinta hay una toma de un atardecer donde aparece una avioneta roja sobrevolando la Ciudad de México.

En la filmación original la escena tenía por base un amanecer sanguíneo. Cuando llegó el material André Gaspar nos pidió volver la escena un atardecer tan desalentador como nos fuera posible. Amanece. Atardece. Hack y yo.

Hack. Pierdo el hilo. El hilo negro.

Mi relación con Hack se limitaba a asuntos de oficina. Cada que nos llegaba un proyecto yo tenía que fotocopiar un contrato en el que LSI declaraba no hacerse responsable del contenido de las producciones. Cuando me aparecía por el cuarto de fotocopiado Hack se acomodaba las gafas de pasta y esperaba a que le entregara los documentos.

Luego me mostraba los dientes. Dientes amarillos y ratoniles. El tipo no fumaba. No olía a cigarro. Nunca lo había visto fumando. El tipo estaba podrido, bien podrido.

Hack era un tipo diligente. Apenas le entregaba los documentos el muchacho arqueaba la espalda sobre la máquina e intercambiaba las hojas con agilidad ejemplar.

Él era la última pieza. La verdadera bandeja de salida. La fotocopidora y él formaban una extraña unidad. Su caja pélvica no guardaba distancia con la plancha lateral del armatoste.

Siempre en la misma posición, laborioso y entusiasta. Apretando los genitales contra la copidora. Sintiendo el ronroneo de cada impresión. Viendo al precipicio. Como chica al filo de la cama Hack filtraba uno a uno los documentos.

Reproducción. Veía al chico que reproducía.

Una vez tuve la oportunidad de ver a Hack esperando a que dos técnicos dieran el mantenimiento bimestral a la copidora. Hack los supervisaba mordiendo una de las esquinas de su gafete. Sentado sobre la gaveta de papelería, vigilando cada movimiento, con la expresión del enfermo que despierta en medio de una cirugía.

Hack tenía un secreto.

Tenía cara de no haberla pasado bien nunca.

Pobre Hack. Todos somos iguales me hubiera gustado decirle.

Todos queremos ser iguales.

El muchacho era veloz como corcel blanco. Era un suceso verlo relacionarse con la multifuncional. La máquina era en definitiva una extensión suya. Una continuación de su individuo.

Mitad hombre mitad copiadora.

Su habilidad era tal que no me costaba trabajo imaginarlo sorteando los peligros de una nevisca usando la tapa superior como trineo; o mejor aún, ejecutando trucos de magia con su asistente corazón de tóner. La copiadora, escondida por una capa negra, volviendo un contrato legal las primeras páginas de un libro de Kafka. Conversión. Reproducción. Un cartucho de tóner en una escopeta.

Mientras realizaba los trabajos de reproducción Hack sostenía el aire de quien resuelve asuntos importantes. El semblante del asesino que repasa sus pendientes a tres días de ser liberado.

En aquel entonces poco sabía del copista y de lo tenebroso de su pensamiento.

Todos pensamos.

Y hay pensamientos horribles. Hay pornografía infantil. Irak. Vicepresidentes matándose en avionetas negras. No sabemos a quién se le ocurrió. Quienes fuimos niños tenemos una idea. El diablo es un ser creativo. Un tipo lúcido e ingenioso. Lynch se parece más al diablo que Anthony Hopkins. El demonio es una mente. Una mente con voluntad. Una mente operativa. Capaz de violar niñas y estrellar máquinas llenas de estudiantes. El demonio no necesita estar ahí. El demonio siempre estuvo aquí.

Hack reproduce un contrato legal.

No sabemos en qué piensa.

Kafka despierta, a su lado hay una novela.

UN DÍA HACK

Un día en la librería Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo buscaba en la sección de Historia el último libro de Valerio Conca sin saber que iba a encontrarme con Hack. La publicación *Cielos de la II Guerra Mundial* había ido a dar por accidente del departamento de Arte a los estantes de Historia. Necesitaba ese libro y lo buscaba desesperado. Sabía como era el libro. Era de mi ex novia y yo lo había perdido. Mi ex novia quería su toalla azul y su libro. La toalla estaba llena de pegarropas y su libro perdido. Una vez en la sección de historia, mis husmeos, de sabueso despistado, dejaron a su paso varios libros vacilando al precipicio.

Después de mi violenta pesquisa, parecía que los personajes secundarios del libro Historia de la Mafia hubieran dejando un desastre en el librero, al sabotear con cuerdas y cuchillos los tanques y avionetas de Medios de Transporte de La II Guerra Mundial.

Yo divagando y el libro perdido. Según ella el trabajo del acuarelista sardo me ayudaría a resolver uno de los cuentos para niños que estaba escribiendo. El libro no me

sirvió para nada. Sólo me intimidó y me dejó sin ganas de escribir. Entonces lo perdí. Bajo torres de piratería y platos sucios.

A pesar de mi desesperación no encontré el título y decidí recurrir a uno de los empleados de la librería. Los empleados del piso inferior llenaban varios cestos de libros siguiendo el bastón de un lector importante. Una jovencita pensando cómo transportar la obra completa de Paz me dijo que en ese momento no podía atenderme.

Cuando regresé a la sección de Historia me encontré a Hack sentando junto a una enorme pila de libros. Hack arrancaba con los dientes la funda de plástico de un libro de Walter Benjamin. Apretaba su dentadura y tiraba del elástico como si la protección estuviera hecha de los tendones de una presa transparente.

Hack, ocupando el pasaje formado por Teología y Ciencias Políticas hojeaba los libros con agilidad nerviosa. Al copista se le veía apurado, yendo de un tomo al otro con increíble velocidad.

Yo me limité a saludarlo levantando la cabeza y me di la vuelta para ver el desacomodo que había decidido para mi búsqueda.

Dándole la espalda miré con detenimiento el librero desorganizado. Entonces escuché un estornudo fingido e inmediatamente después, el sonido de una hoja rompiéndose en dos.

Cuando volteé vi que Hack, mirando con cautela sobre los estantes, se guardaba la hoja que había arrancado en uno de los bolsillos de la camisa.

Lo observé un instante. Utilizando la vieja técnica del estornudo le arrancaba páginas a los libros.

Hack podía continuar con sus trabajos de saqueo. Los empleados se encontraban concentrados trasplantando una Enciclopedia Británica al área de las cajas.

El lector importante parecía decidido a comprar toda la librería.

El lector importante tenía la mirada de esos archimillonarios poco instruidos que un buen día deciden gastar su fortuna en una librería. Detrás suyo numerosos empleados ennoblecían su figura levantando torretas de libros. Mientras Hack preparaba un estornudo me di cuenta de que estaba a punto de arrancarle una página al libro de ilustraciones que yo andaba buscando.

—¿Qué haces? — le pregunté arrebatándole el libro de las manos.

—Estos libros son muy caros y yo sólo necesito unos centavos de la publicación — me respondió con seguridad.

Sin ponernos de acuerdo ambos fuimos al área de cajas. El lector importante se acompañaba de un grupo de empleados que babeaban a sus espaldas. Pagué por el libro y esperé a que Hack recogiera sus cosas del área de paquetería.

Mientras esperaba presencié como los empleados se las arreglaban para sacar un librero completo, sino me equivoco el estante de poesía. Los cuatro muchachitos levantaron el mueble algunos centímetros del suelo. El lector importante les señalaba la caja de una camioneta del año abriéndoles la puerta de vidrio.

El estante, en manos de los torpes empleados se balanceaba y los poemarios iban perdiendo la compostura. De pronto, un librito atribulado por las maniobras de los empleados, se asomó del vagón de madera. El librito me llamó mucho la atención. Era un libro de poemas de Roberto Bolaño. En la portada aparecía una fotografía suya. Se le veía triste y poco esperanzado.

Como si hubiera querido irse conmigo. Como si quisiera decirme, ya no con sus poemas, sino con su triste mirada, que hay cosas que la literatura no puede solucionar.

Entonces lo supe. Supe de qué trataría mi primera novela.

TRANSFORMERS

Mi siguiente encuentro con Hack fue en la sala de fotocopiado. El muchacho, extremadamente concentrado parecía haber olvidado nuestro encuentro en la librería. Había llegado un proyecto a los laboratorios de video, teníamos que desinfectar la sonrisa de un político mexicano. Yo necesitaba fotocopiar el contrato para no meternos en líos si el político resultaba un asesino.

Cuando llegué, Hack, en apariencia desocupado, con la tapa de la copiadora abierta, miraba su reflejo en el cristal de refracción de la máquina.

Mi entrada, silenciosa, no afectó su comportamiento. El copista no se dio cuenta de que lo veía. Yo encontré la situación perfecta para examinarlo.

Por el cristal, además de la réplica de Hack, se podían ver los órganos oscurecidos de la copiadora. Hack intentaba distinguir su figura en el panel transparente, asomando el magma rosáceo de sus encías. Verlo en esa posición me recordó a esos asesinos que sin saber muy bien quién será su víctima, se aparecen en el tragaluz

principal de las óperas. Un asesino con la boca abierta.
Un asesino con la boca abierta que olvidó su pistola.

La idea de Hack buscando a Hack en un espejo que no era espejo aún ahora me resulta pavorosa.

Un héroe cuidadoso estudiando las tinieblas del pozo en el que continuará su aventura. No sé si el copista tuviera miedo de si mismo o estuviera intentando asustarse, pero algo estaba investigando, no sé si dentro de la copiadora o en lo tenebroso de su individuo.

Hack empezó a alterar su rostro, variando con energía drástica cada una de sus expresiones. Se detuvo de golpe y un pesado hilo de baba cayó de su boca. Un hilo tan perfecto y definitivo como una línea de tiempo. Aunque el episodio me aterró lo suficiente para decidir interrumpirlo, me detuve cuando vi que Hack señalaba con el índice su reflejo en el cristal. Viéndolo ahí tan decidido a encontrar una forma, recordé que hace no mucho había leído en Internet que los suecos tenían impresoras capaces de imprimir modelos tridimensionales. Una impresión podía llegar a tardar incluso 12 horas, las figuras se modelaba a partir del seccionamiento de múltiples capas, serruchando goma de

caucho o algo por estilo. Tal vez Hack estaba dentro de la máquina, una copia suya lo tenía como prisionero; la copia de Hack lo obligaba a imitar cada uno de sus movimientos, amenazándolo con cerrar la tapa, desconectar la impresora y formatear la memoria interna. Estando en esos pensamientos, Hack detuvo la sesión de terror gestual y volteó a verme apretando los dientes. Es difícil explicar lo demencial y deteriorado que se le veía. Me miró una vez más (como diciendo sé que me estás mirando) apretó sus manos en contra de la maquina e impulsando su cuerpo al abismo atravesó el panel de cristal con la cabeza. Una cresta salvaje de vidrio se sacude en cámara lenta. Una pista de hielo es destruida por un explosivo. Su cara se hunde en el pánel con la fuerza de un martillo.

Paréntesis. Se dan cuenta, soy un pésimo escritor. Un cuentista poco calificado. Tengo que leer más a Chejov y ver menos televisión. Así yo hubiera solucionado la historia de Hack: con un final sórdido e inesperado. Con el extraño muchacho atravesando el cristal de la copiadora en horas de trabajo. Mi programa narrativo hubiera sido el siguiente: generar cierta tensión en torno a

un personaje enrarecido e ir configurando un suicidio imposible de advertir.

No sé si el ejercicio tuvo sentido.

Los cristales regresan a su sitio, se vuelve a formar la copiadora, Hack recupera su postura y yo vuelvo a entrar al cuarto de fotocopiado. Hack volteó, me sonrió degenerado y se dedicó a fotocopiar el contrato. Mientras fotocopiaba el legajo le pregunté si ya había resuelto el comienzo de su libro. Hack meditó un poco la respuesta y me dijo que aún no; esperó a que las hojas se concentraran en la bandeja de salida y mirándome dijo: un libro de historia, como un viaje, puede empezarse en cualquier parte. Suspiró y luego dijo, no sé, me gustaría empezar por el final. Yo me quedé con ganas de decirle que ya no eran los setentas, que eso de matar personajes y empezar cuentos por el final no estaba muy de moda últimamente, pero no se lo dije. ¿Cuál es el final? le pregunté en cambio. No sé, me respondió, depende del día en que lo escriba. Luego, no sé por qué, le pregunté si no le gustaría venir a comer conmigo.

PASADO PERFECTO

“En verdad, si bien nuestro elemento es el tiempo,
no estamos adaptados a las largas perspectivas
que se abren a cada instante en nuestras vidas.
Ellas nos ligan a nuestras pérdidas.”

Philip Larkin

Salimos de Gandhi y caminamos un buen tramo de Miguel
Ángel de Quevedo.

Casi al llegar al metro me dijo que se llamaba Hack y
que además de ser el encargado de las fotocopias estaba
escribiendo un libro de Historia.

No sabía cómo empezar su libro. Por más que lo
había intentado simplemente no se le ocurría un inicio
adecuado. Hack, destrozando libros en la Gandhi estaba
buscando ejemplos que alentaran su quehacer
historiográfico.

— Mira — me dijo sacando una de las hojas robadas
de su camisa —así empieza su libro F. Brandon.

Hack se acomodó las gafas, desdobló la página
plegada y leyó en voz alta.

“La historia escrita comenzó aproximadamente a la vez en Egipto y en Sumer; realmente, un famoso sumeriólogo, el profesor S. N. Kramer, ha escrito un libro titulado La Historia empieza en Sumer, defendiendo así la prioridad de la civilización en la que está especializado.”

No se le veía muy satisfecho. Leyó una vez más la hoja robada y la tiró en un basurero. Se detuvo frente a una estatua y me dijo que todos los autores de libros de Historia que había leído consideraban un hecho natural la falta de precisión de sus libros.

—Es un poco deprimente —me dijo señalándome— todo indica hasta ahora que es imposible escribir un libro de Historia confiable.

Sin poder descubrir la región cognoscitiva a la que me llevaba el extraño muchacho, le pregunté, por preguntar algo, si al menos ya había elegido la civilización con la que empezaría su libro.

Él me contestó que no era tan fácil, que escribir libros de historia no era como jugar al Age of Empires. Me quedé meditando su respuesta pero me fue imposible responderle.

Su compañía empezaba a incomodarme. Esa incomodidad que nos hacen sentir los hermanos locos de nuestras madres. Sí me quedé ahí con él, sí lo acompañé hasta el metro fue simplemente por curiosidad. Para recabar más datos o pistas acerca de este individuo.

El hecho de que Hack coleccionara el incipit de Libros de Historia me resultaba tan atractivo como incomprensible. En ese momento creí que el episodio de la librería era la premisa perfecta para la escritura de un cuento. Si no me largué fue porque sabía que al llegar a casa no iba a escribirlo. Iba dejar el cuento incompleto y no iba a descubrir su final. La verdad es que no soy un buen escritor, la verdad es que no iba a poder resolver el misterio que Hack me sugería.

— ¿Qué diferencia hay entre un mercado romano destruido por los bárbaros y el World Trade Center el 11 de septiembre?— Preguntó Hack de repente.

Hack se cuestionaba con ese tono de quien se habla a sí mismo en voz alta.

El copista se quedó esperando una respuesta. Yo le contesté, no muy decidido, que si bien alguna relación debía existir entre columnas rotas y los escombros de un

edificio ciertamente se trataba de situaciones y sociedades distintas.

—Yo no creo que sea tan distinto—miró al cielo y se quedó estimando la altura de un edificio — Lo que sucedió, sucede y sigue sucediendo. El hombre sucede. En el hombre se reúnen todas las cosas y todos los tiempos, todas las edades se resumen en su conformación, todo está a su alcance, siempre ha estado a su alcance, se ha cumplido el gran proyecto de Diderot. Prometeo es el mito del hombre que se supera así mismo. Los ochenta son un mito. El Atari, el Ms- dos, el Windows 3.1 se han vuelto las ruinas lejanas de una sociedad de avanzada. Tan lejanas como las catacumbas tan extrañas como las máquinas de tortura medieval. Homero y Kerouac tratan los mismos temas. Stan Lee y Esquilo tratan los mismos temas. Literatura y mito. Ahora estamos en uno más de los clímax delirantes de la tierra, de ahora en adelante todo lo que ocurra ocurrirá y lo que no ocurra no ocurrirá.

Me quedé helado. Siempre he odiado a la gente que es más lista que yo. ¿Qué diablos hacía ese muchacho trabajando de papelero? No dije nada y decidí cambiar de tema. Entonces le pregunté por qué le había arrancando

una página al libro de Valerio Conca si éste claramente no era un libro de Historia.

—No sé — me respondió viendo todavía al edificio —siempre quise tener un Cielo de la Segunda Guerra Mundial en el techo de mi cuarto.

Lo acompañé hasta el metro y nos despedimos. Fui al departamento de Ann en la Roma y le entregué su libro de acuarelas. Ann era mi ex novia. Mi pequeña Beatriz. Ella quería que fuéramos amigos y que le regresara su toalla y su libro. Llevábamos tres meses intentando ser amigos. Yo sabía que alguien más se la estaba cogiendo. No podía decir nada: éramos amigos. En el departamento de Ann había una reunión con los chicos de la oficina. Eran mis amigos. Mis amigos y sus amigos. Nadie cogía, ni hacía preguntas incómodas. Apenas me senté en el sillón les hablé de Hack, de su copiadora y del libro de historia que planeaba escribir.

Mis amigos identificaron al encargado de las copias de inmediato. Uno de ellos dijo que se parecía al ex presidente Díaz Ordaz. Otro intentó definir su sexualidad. Otro habló de asexualidad. Y Ann, entre risas, me recomendó apartarme de él. Yo le respondí que era demasiado tarde.

No lo narré antes de despedirme: había invitado a Hack a ver películas a mi departamento. Mala idea muchacho. Mala idea.

BOGART MUERE

No encontramos en el metro. Compramos palomitas y entramos a mi edificio. Le pregunté que cómo estaba, me dijo que estaba bien. Muy bien. Le pregunté por su libro. Él se quedó callado. Le estaba jodiendo la vida al invitarlo. Él era una rata solitaria. Él no tenía la necesidad de comunicarse. Él no quería ver películas. Él no iba a decir nada. Yo quería hablarle de Ann.

Pusimos una película de John Houston. Hack se mantuvo en silencio. Yo me quedé dormido a media película. En algún momento tomó el control, puso la cinta en pausa y me dijo con aire insurgente:

— Mira, si Humphrey Bogart muere ¡Rayamos la película!

Yo me desperté alterado, intentando localizar mi posición en la tierra, Hack a mi lado con expresión de maniaco, la película en pausa.

Apenas presiona /play/ se descargan los rifles y Humphrey Bogart cae asesinado.

Hack sacó la película del DVD y la rayó con una moneda. Yo me eché a reír. Nos reímos.

Hack y Copy eran amigos.

Copy estaba solo. Su mujer lo había dejado. Sus amigos eran unos pendejos. Ahora invitaba a Hack a ver películas con él. Hack era un Freak, Copy era un freak. Freaks. Freakis. Geeks. Geeksters.

Nos reímos. Me encierro en el baño y enciendo un porro. Me lo fumo por la ventana.

Hack tiene ganas de comentar la película.

“Bien —me dice Hack— la película tiene como eje capital el cuestionamiento. La sospecha, la suposición de un crimen previsible. En tu película no sólo mueren o están por morir Bogart y su nena, sino también la identidad del relato. La película resuelta ya no tiene sentido. En ese sentido arruinar una policiaca es ampliamente sencillo, basta avanzar por la cinta y ver el final, puesto que por una forma de decirlo, toda la secuencia está dispuesta a esconder el término del relato. En la película no se busca al asesinado sino al asesino. En ese sentido (en el de la reconstrucción policiaca) un texto de tal género es un doble asesinato, el ocurrido y el

posible. El inspector es un asesino en potencia. Para adivinar un crimen hay que volverlo a plantear. Todorov lo tenía claro: es pues, para respetar una regla de género, para obedecer a lo verosímil de la novela policial que el escritor rompe lo verosímil en el mundo que evoca. Tal situación de anti verosimilitud nos devela la lógica de la novela policiaca. Borges, Borges lo tenía claro, hay cosas posibles, no todas son interesantes, la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante, la realidad puede prescindir de esa obligación, pero no las hipótesis. El yo no puede ser un objeto inmediato de conocimiento. E ahí la revelación en todo film policiaco, la búsqueda de una lógica invertida. Montar una realidad sobre otra. Lo verosímil que supera lo verosímil para así obtener un nuevo espacio creativo, el laberinto de los laberintos, donde se encuentra lo que se sabía que se iba a encontrar, la enorme adivinanza ya dos veces adivinada. La broma infinita.”

“Lo Verosímil— continuó Hack emocionado— se define como el conjunto de lo que es posible a los ojos de los que saben. Lo verosímil es también en este orden la reiteración del discurso, las claves policiacas tienen tal peso que direccionan las soluciones del relato haciéndolo

posible. Borges como James, Poe y la narratología policíaca en general siempre están buscando explicaciones. La película de Bogart es un gran ejemplo. Poe incita a sus lectores a buscar al asesino. Borges a encontrar su identidad a través del ejercicio literario. Bogart a participar del crimen. A reconocerse como asesinos. Todos somos asesinos. La posibilidad es materia de indagación literaria.”

Wow. Hack era súper listo

Yo estaba súper pacheco.

Entonces, em pidió que lo acompañara la mtero.

Y em pse a escribir rapido rapido

Sin poner acentos.

DEJA BÚ

Mi siguiente encuentro con Hack fue en la sala de fotocopiado. Había llegado un proyecto a los laboratorios de video.

Cuando llegué, Hack con la tapa de la fotocopidora abierta miraba su reflejo en el cristal de refracción de la máquina. Mi entrada no afectó su comportamiento.

Por el cristal, además de la réplica de Hack se podían ver los órganos oscurecidos de la fotocopidora. Hack intentaba distinguir su figura en el panel transparente, asomando el magma rosáceo de sus encías.

Hack parecía muy intrigado frente al cristal oscurecido de la fotocopidora. Un héroe cuidadoso estudiando las tinieblas del pozo en el que continuará su aventura. Algo estaba buscando estaba claro, no sé si dentro de la máquina o en lo tenebroso de su individuo. Hack empezó a alterar su rostro, variando con energía drástica cada una de sus expresiones. Se detuvo de golpe y un pesado hilo de baba cayó de su boca. Un hilo tan perfecto y definitivo como una línea de tiempo. Aunque el episodio me aterró lo suficiente decidí interrumpirlo. Hack

volteó, me sonrió degenerado y se dedicó a fotocopiar el contrato. Mientras fotocopiaba el legajo le pregunté si ya había resuelto el comienzo de su libro. Hack meditó un poco la respuesta y me dijo que aún no. Esperó a que las hojas se concentraran en la bandeja de salida y me miró con suficiencia.

—Un libro de historia, como un viaje — me dijo ordenando las copias —puede empezarse en cualquier parte. No sé, me gustaría empezarlo por el final.

—¿Cuál es el final? le pregunté.

—No sé —me respondió — depende del día en que lo escriba.

Luego, no sé por qué, le pregunté si no le gustaría venir a comer conmigo.

FUTURE KIDS

Esperé al descanso en el laboratorio de video acentuando el otoño de un comercial de perfumes. Uno de los hermanos Bichir seguía a una mujercita por una pradera inventada. Los productores querían que sus ojos fueran azules. Yo tenía que editar las pupilas del actor. Estaba hasta mi puta madre. Hack me esperaba afuera de mi oficina. Bajamos en elevador junto a tres funcionarios. Hack contuvo la respiración durante todo el trayecto. Se abrieron las puertas del elevador y Hack volvió a respirar con tranquilidad.

Cuando salimos del corporativo una capa de lluvia movediza se sacudía entre los edificios. Hack buscó en su maletín un impermeable amarillo. Atravesamos la calle y entramos a un Subway. Una vez dentro, temblando de frío me dijo que no tenía dinero y yo le dije que no se preocupara, que pidiera algo.

Fue a la barra y regresó con un Subway Club de siete pulgadas y una galleta de chispas de chocolate. Dio un bocado observando con cautela a los empleados.

—Te diste cuenta —me dijo en voz baja —tienen cuchillos, podrían asesinar a su jefe.

—Hack, tú tienes una gaveta llena de tijeras y engrapadoras — le rebatí confundido— podrías tú asesinar a nuestro jefe.

—No, yo no mato. Me contestó con sensatez perfecta.

Se hizo un silencio insoportable.

Hack examinaba una rebanada de jamón de pavo y yo no disfrutaba de mi almuerzo. Entonces le pregunté que hacía antes de entrar al Laboratorio de Soluciones e Ideas.

Hack había estudiado un diplomado de Análisis y Programación en el CCPM de Chalco. El CCPM según me explicó, era un instituto dedicado principalmente a la instrucción informática.

Hack había asistido a su campamento computacional durante dos años y medio. Al parecer fue un periodo importante de su vida. El diplomado estaba organizado en módulos que iban desde el dominio perfecto de la instrumentación del MSN Paint hasta nociones de simulación corporativa en Excel. Había ingresado a la institución muy a la fuerza, obligado por su madre, después de ser rechazado por segunda vez en la UNAM.

El primer día, a pesar de su resistencia su maestra le había puesto la película Pirates of Silicon Valley, donde se contaba la cruzada entre Bill Gates y Steve Jobs en el esplendor de su formación.

Cuando vio a Steve organizando una revuelta en un auditorio de Harvard supo que quería dedicarse a la computación. Para obtener su título había programado en HTML una página de Internet y había diagramado una calculadora en Visual Basic.

Hack fue el único de su grupo en titularse.

Tras varias entrevistas y una prueba de conducción consiguió el empleo perfecto.

Supervisor, conductor y maestro titular de un camión con doce computadoras. El autobús de la compañía Futurekids era una espaciosa unidad con planta de luz integrada. Una escuela en movimiento.

Hack me confesó con profunda nostalgia que había pasado varias noches ahí con todas las computadoras encendidas, batiendo récords de varios videojuegos a un mismo tiempo.

Hack todas las tardes, estacionaba el camión afuera de las escuelas y un grupo de niños subían a aprender a usar la paquetería básica de Microsoft Office.

— ¿Sabías qué el 90 % de los usuarios de Word utilizan solamente el 5% de las aplicaciones? —me preguntó, tomando un respiro de su narración.

Había disfrutado muchísimo de aquel empleo, se entendía muy bien con los niños, se mantenía actualizado y disfrutaba de un crecimiento profesional aceptable. Ahí fue donde comenzó a desarrollar sus habilidades como hacker. Pasaba noches enteras memorizando código y tratando de entrar a las cuentas de correo de sus amigos de la secundaria.

Los enredos habían empezado en la primaria Venustiano Carranza. En un episodio de descontrol académico, poniendo en duda su posición como autoridad, un grupo de niños lo encerraron en el baño del autobús.

Los niños, de los que Hack ya había empezado desconfiar, pues los había visto fumando detrás del autobús, se habían negado hacer una presentación en PowerPoint para el día de las madres.

El sabotaje fue impredecible, mientras Hack intentaba explicarles como editar las transiciones entre diapositivas dos niños habían preparado una trampa con cables.

Los niños, tensando el cable de un teclado al ras del suelo, lo llamaron para resolver una duda y se detuvieron a ver como tropezaba. Lo levantaron por los hombros y lo encerraron en el baño. Le dijeron que su mamá era una puta y se pusieron a gritar.

Mientras Hack estuvo en el baño, temiendo a que los chicos fueran a conducir el autobús y a estrellarlo contra la embajada rusa que estaba a dos cuadras de ahí, como buen profesor pensó que había sido su error, que no había sabido manejar la situación y que Power Point era tal vez una de las aplicaciones más aburridas de todos los tiempos.

Después de quince minutos, la única niña del grupo, una niña gordita, probablemente conmovida le había abierto la puerta de servicio. Ya no había nadie en el autobús.

Por la noche descubrió que un niño se había orinado por el ventilador de una de las computadoras.

— No sabes como puede dañar la orina un equipo de cómputo — me dijo mordiendo la galleta de chocolate.

Hack la noche del incidente, intentando rescatar la memoria interna del equipo, se decidió a replantear su modelo didáctico. Abandonaría los programas de clase y

llamaría la atención de los estudiantes con el atractivo de los juegos de video.

Aprovechando que las doce computadoras estaban conectadas en red, organizó un torneo multijugador del clásico de acción bélica Medal of Honor: Allied Assault.

El videojuego, producido por Steven Spielberg repetía con una plataforma visual muy aceptable para la época los momentos más memorables de la Segunda Guerra Mundial. Los niños clamaron de satisfacción la decisión de Hack.

El desatinado profesor, renunciado al tiempo de clase destinado para la enseñanza de Excel, había coordinado con éxito un desembarco en la bahía de Normandía, una invasión a Berlín y el sabotaje virtual de numerosos campamentos alemanes.

Él y su peligrosa brigada digital en menos de dos semanas habían agotado todos los niveles del juego. Aunque en un principio los estudiantes llevaban audífonos consigo, Hack consiguió un sistema Home Theater para redimensionar la experiencia.

Según decía era impresionante el escándalo generado por las armas de alto poder, los rifles

francotiradores y las detonaciones de las granadas alemanas.

Un día los alumnos, ahora grandes amigos de Hack, lo convencieron de que los pasera por la Ciudad de México mientras ellos invadían en nivel experto la versión digital de la ciudad de Desdre.

Hack puso su disco favorito de Led Zeppelin, una antología con arreglos sinfónicos, cerró las persianas del autobús y se lanzó en atrevida aventura con once niños y una niña, que no dejaba de llorar, rumbo a la carretera de Cuernavaca.

La misma carretera donde unos años después asesinarían de forma atroz al hijo del poeta Javier Sicilia.

Hack estaba muy emocionado mientras me contaba de su escape, de hecho creo que nadie había escuchado antes al pobre muchacho.

—No sabes como disfruté esa tarde — me dijo rompiendo una servilleta — los niños invadiendo la ciudad de Desdre y yo escapando de la Ciudad de México en un autobús con doce computadoras. Cuando terminó la clase nos detuvimos a comprar papitas y refrescos, nos subimos al techo del autobús y me contaron, paso por

paso, como le habían dado en la madre a los pinches nazis.

Los problemas de su nueva didáctica salieron a flote dos semanas más tarde. Una madre de familia que había llegado temprano para recoger a su hija se había quejado en la dirección porque había escuchado un tiroteo dentro de la cabina.

Dos supervisores de Futurekids hicieron una visita inesperada y encontraron a Hack operando artillería aérea mientras los estudiantes, uno a uno, intentaban entrar sin ser descubiertos a una base alemana.

Los padres de familia levantaron una queja y exigieron que se revisaran las carpetas de la computadora que Hack utilizaba. Uno de ellos sospechaba que el belicoso educador dirigía desde aquel autobús una red de pornografía infantil.

Las autoridades accedieron al servidor central y encontraron un folder oculto con más de setecientas fotos de la guerra de Irak, sus ejercicios de C++ y la plataforma web en la que trabajaba para absorber bases de datos. Era el archivo en el que planteaba su futuro libro de historia. Los supervisores destruyeron sus archivos y lo expulsaron del trabajo. Para cuando Hack terminó con su

historia yo caí en cuenta que se nos había hecho tarde, salimos del Subway y nos despedimos en el elevador.

Yo me quedé meditando su historia y me propuse a escribirla. Narraría sus aventuras en primera persona. La novela la narraría su copiadora. La copiadora se transformaría en asesino serial. Comenzaría por el final.

En algún momento Hack dejó de narrar. La copiadora desapareció y comenzó a narrar Copy. La narración se dirigía a su propio final. La narración se dirigía a mí, a mí final. Entonces me concentré en el final. Una vez terminado escribí otro final. Lo firmé en nombre de Hack. Sobre aquel final había un segundo final. Final sobre final, sobre final. Estaba claro: yo en el relato sería Copy. Seríamos Hack, mi ex novia y yo. Hack y yo seríamos amigos. Veríamos películas juntos y yo haría mierda a mi ex novia. Al final eso era lo único que me interesaba hacer mierda a mi ex novia y a los pendejos de sus amigos.

EL FINAL SOSTENIDO

“Antiguamente un relato sólo tenía dos maneras de acabar, pasadas todas las pruebas, el héroe y la heroína se casaban o bien morían. El sentido último al que remiten todos los relatos tiene dos caras: la continuidad de la vida, la inevitabilidad de la muerte.”

Ítalo Calvino.

1

Copy y Hack miraban la televisión escondidos entre sus almohadas. Los jóvenes, con expresión de hechizados, esperaban el desenlace de un emocionante film policíaco.

No era para más, Humphrey Bogart estaba a punto de morir. Un nerviosismo de muerte se presentía en escena. Investigadores, criminales y rubias, andaban desesperados por solucionar el desorden sugerido.

Tenían quince minutos. Sólo quince minutos.

Había muchas armas y alguien tenía que morir.

— No quiero que se muera — le dijo Hack

— No sería justo — le respondió Copy sin apartar su atención de la pantalla. Hack se levantó del asiento y arreglándose las con la luz fantasmagórica de la pantalla buscó el control del DVD y puso la cinta en pausa.

Poner una cinta en pausa es como montarle una desviación falsa a un grupo de ciclistas en plena competencia.

Con la pausa se hizo el más precipitado de los silencios. En la televisión se quedan entrando en escena una dupla de pistoleros. Accionan sus gatillos con ferocidad contenida. Una luz negra y terrible queda atrapada en la boca de sus rifles de asalto. A John Huston, el director, muy probablemente no le hubiera gustado. Pero en 1941 quién iba a pensar que un espectador pudiera disponer del orden de los tiempos.

— Mira Hack si Humphrey muere ¡Rayamos la película! — propuso con aire de insurgencia

Apenas presiona {play}, se descargan los rifles y Humphrey Bogart cae asesinado.

Hack y Copy eran amigos.

Copy estaba solo. Su mujer estaba a punto de dejarlo. Sus amigos eran unos imbéciles. Y ahora invitaba a Hack a ver películas con él.

1

Era lo más natural — le dijo Hack una vez terminada la cinta— a final de cuentas, la película no es otra cosa que ver a Humphrey Bogart morirse todo el tiempo.

Era obvio que de eso trataba la película de Huston.

Evadir la muerte y fugarse con la rubia. Al final, a punto de ocurrir lo contrario, Bogart entrega su vida y la rubia tiene que fugarse por sus propios medios. Copy hubiera preferido todo lo contrario. La rubia muere y Bogart tiene que regresar a casa despechado. No había nada que molestara más a Copy que los finales producidos en serie.

Copy, enfurecido, presionó el botón de expulsión y se llevó el disco platinado a los dientes. Con la marca dental había quedado arruinado no sólo el final si no toda la película.

Una vez que terminó de copiar su dentadura en el DVD buscó una moneda y se dedicó a disminuir la capa inferior del disco.

Hack le sonrió con demencia.

Hack sería el cómplice. Nadie le diría nada a Ann.

Put a Ann. Como le hubiera gustado que Ann fuera tan lista como Hack.

1

No era la primera vez que Copy atentaba en contra de una cinta. De hecho ya tenía varios años haciéndolo. Su trabajo, cada vez más predatorio, no había distinguido directores y se había adaptado a los distintos formatos del cine para el hogar. Al tratarse de cinta resultaba más fácil ocultar la evidencia de su crimen.

No era extraño en las edades del Video Tape encontrar a Copy a punto de destazar una historia. No necesitaba más que tijeras para cortar las uñas, pinzas de cejas y pegamento azul. Copy, ayudado de una regresadora buscaba la parte de la cinta donde según sus criterios se arruinaban la historia y realizaba su crimen.

Una vez localizada la secuencia final recortaba ese tramo de cinta calculando la distancia entre el final de la película y los créditos. Una vez desprendido el fragmento inadecuado con el pegamento azul adhería el final que de todos los finales organizados en el filme le parecía el más adecuado.

La historia dificultaría su trabajo. En menos de cinco años, como si fueran una enfermedad tratada por diálisis fueron desaparecieron uno a uno los VHS que solían formar los videoclubs. Había empezado la era del DVD.

1

Las historias se terminan todo el tiempo, eso de planteamientos, nudos y desenlaces le parecían a Copy indicaciones para orientar la creatividad de espectadores novatos.

— Cada escena debe ser planeada como si fuera la última — les dijo una vez a los asistentes del club de cine con los que se reunía cada sábado.

No se había cansado de hablarles de la muerte a los pobres chicos del club de cine. Los americanos tenían cierta obsesión con la muerte. Hollywood, según la opinión de Copy, después de las guerras, era la industria

americana que había obtenido de la necrofilia mayores beneficios.

— Hay muchos finales antes de la muerte. Le dijo a un adolescente antes de que el coordinador del club de cine por fin se decidiera a expulsarlo.

Y así Copy fue expulsado del club de cine.

La muerte — y era lo único valioso que había aprendido en la SOGEM — es una solución para aficionados.

Prohibido matar gente y encerrar personajes en sus departamentos, le habían dicho en su taller de narrativa.

Humphrey se muere porque toda la película pareció que no se iba a morir. Bu.

— Saben, Hollywood debería aceptar que su imaginación se terminó hace muchos años. Resolviendo con asesinatos más de la mitad de sus historias tan sólo demuestran lo limitado del espíritu americano. Una sociedad que nos reitera en su cine que la vida y las historias terminan con la muerte ha decir verdad causa bastante pena.

— Sabe, esto es un taller de narrativa, le pedimos que busque otro foro para sus comentarios, le dijo el escritor que coordinaba el taller.

Y así Copy fue expulsado de la SOGEM.

2

HOLLYWOOD

¿Ann sabías que desde la H del famoso letrero han tratado de matarse cientos de guionistas? Tal vez porque es la única letra muda, la única incapaz de confesar que tuvieron que vivir ese infierno.

2

Su labor de edición en la era del Disco Versátil Digital sufrió de serias restricciones. A Copy le resultó imposible rastrear la ubicación física de los contenidos dentro del disco. Después de varios intentos descubrió que no era tan fácil tratar con bases decimales.

Terminó desesperándose y rayando las películas que no le gustaban.

Como supondrá ya lo habían expulsado de la cadena Block Buster.

— Hemos encontrado la misma marca dental en las últimas cinco películas que usted nos ha entregado — le había dicho el gerente de la tienda antes de expulsarlo.

2

— El final sostenido — le había dicho a Ann, no es otra cosa que lo que debería ser una buena historia, una secuencia de finales perfectos, tan perfectos que sea imposible distinguir unos de otros.

Ann se entretenía cortando los tallos de un helecho que con necesidad trataba de hacer vivir en medio de la sala. El helecho estaba amarillo y enfermo.

— No entiendo Copy — le contestó Ann separando un grupo de hojas muertas — entonces ¿Todas las historias deberían comenzar por el final?

— Todas las historias, más bien, comienzan por un final — le respondió Copy con seriedad.

Ann, meditabunda, como si no lo hubiera escuchado, insistió una vez más en la posibilidad de que los finales tuvieran un principio.

A ver Copy — le dijo Ann — ¿Qué dices entonces del principio del final, la mitad del final y el final del final?

Copy al no saber qué contestarle la acusó de retroceder conversaciones con juegos de palabras. Ann revisaba las raíces del helecho.

— Ese helecho está muerto, muerto, muerto — le dijo Copy con desdén — sólo ve sus hojas, es obvio que está muerto.

Ann no le dijo nada.

— Y sino está muerto eso te está haciendo pensar. Agregó ensombrecido.

Miró a Ann con desprecio, buscó la película de Bogart y se decidió a devolverla.

Ann se quedó mirando con tristeza las hojas muertas del helecho. Copy tenía razón, el helecho estaba muerto.

— ¿Te estás haciendo el muerto? — Le preguntó Ann entristecida y sintió un asco terrible en el estomago.

2

No se ha dicho. Copy guardaba un

(::: [“revólver cargado”] :::)

en el buró de la cama. La pistola, con el tambor pleno, latía en pulso agitado. El revólver estaba tan ahí

como lo están las cosas que Edgar Allan Poe esconde en sus cuentos.

2

Siempre que se cuenta una historia se empieza a la mitad de otra, se fue repitiendo Copy mientras tendía la copa impermeable del paraguas. Su relación con Ann era un claro ejemplo. Su relación había empezado justo de ese modo, con el final de otra. Nosotros somos una prueba del final sostenido le hubiera gustado decirle pero prefería hacerle el amor que verla llorando.

2

Ann y Copy se conocieron en una celebración en el recién remodelado Barrio Chino de la Ciudad de México. Entre farolas de papel lustre y dragones de cola aguzada. Ann, con sugerente desesperación, buscaba un tacón de aguja que había perdido por ahí. Copy, con una careta de león chino se acarició uno de los bigotes y se ofreció a ayudarle en su búsqueda. Eufóricos se sentaron a estudiar la escena sobre un gorila de piedra. Ella, medio borracha, le contó que era actriz. Había trabajado con su novio, un tal Máximo Ferre en un cortometraje que prometía aparecer en los principales festivales europeos.

El corto ya había ganado un concurso en España. Copy, sospechando de los trabajos de Máximo, imaginándolo con un gazne y una copa de champagne, le preguntó si el talentoso director andaba por ahí. Máximo Ferre estaba en Madrid, atendía un diplomado de comunicación visual. Siguieron buscando el tacón y después de examinar un balde lleno de cabezas de pescado decidieron olvidarlo. Después se besaron como desesperados.

El final de su relación con Ferre coincidió con el principio de la suya. Así, Ann, de esto se dio cuenta más tarde, había empezado o terminado sus relaciones desde los catorce años. Dejando a uno por el otro, dejando a uno con el otro. Permaneciendo enamorada, celebrando la eterna sucesión de las cosas. Uno anunciaba al otro y así consecutivamente.

Si uno pospone el final de las cosas, si uno las va superponiendo, como las ciudades que se montan unas sobre otras, al final se terminan hundiendo. Copy hundido, la ciudad de México hundida.

3

Muchas veces, después de hacer el amor, al tirar el condón se quedaba mirando al fondo del escusado.

Buscaba en su reflejo enturbecido la vida anterior de Ann. En su mente se concentraba un magma deforme. Un espeso pantano contaminado por los preservativos con los que se la habían cogido.

Y así, con la mente descompuesta, sintiendo asco y queriendo no pensar en nada corría a la cama a abrazarla.

Copy iba a entregar la película y ahora parecía que otra parte de él se hubiera ido al infierno a buscar (o a perder) a Ann. Regresaba sin ella y aún no regresaba la película.

3

Una vez amaneció muy asustado, soñó que Ann vivía entre los pasadizos secretos de una fábrica donde se embotellaba neblina, vestida de obrera, su cabello rubio escondido en un casco con linterna, operaba sin el menor cuidado un montacargas, en la plataforma frontal llevaba los cadáveres de todos sus ex novios. Apenas encontró a Copy, accionó una palanca de goma y comenzó una persecución furiosa en contra suya. Sobre los cadáveres iba Máximo Ferre en su silla de director como si el montacargas fuera un tétrico palanquín

vagabundo. Ferre cubría su cráneo descompuesto con una boina de manzana y daba las indicaciones por un altavoz. — ¡Derecha! ¡Izquierda! — gritaba Ferre como descontrolado. Era como ver al zombie desfigurando de Steven Spielberg, sobre una grúa, dirigiendo una cacería nacionalsocialista en el set de un silo berlinés. Hack le daba indicaciones a Ann para derribar a Copy, al parecer era momento de que tomara su lugar. Copy, asustado y entre sueños, se buscó el funcionamiento de las piernas e intentó escapar.

3

Copy historiador de la vida privada, ante el historial amoroso de Ann, había perdido el control sobre lo imaginario. Copy no podía dejar de recordar las sesiones de aritmética de la secundaria. Recordaba a su maestro de matemáticas, de él había oído por primera vez hablar acerca de las secuencias de números. Cómo formar un término a partir de los anteriores, cómo comprobar si un número pertenece o no a una serie.

2 – 4 – 6 – 8 – (?)

Un historiador, un astrobiólogo o cualquier estadista, después de revisar el historial sentimental de

Ann, un amante tras otro hasta el infinito, le hubiera dicho: la historia y yo lo sentimos muchacho lo más probable es que esa muchachita lo deje por otro:

2 – 4 – 6 – 8 – 10

eso si busca descifrar las cualidades de un evento a través de los anteriores.

3

Sumido en esta clase de pensamientos fue que ordenó sus pasos hacía el video club Fantasy Paradise

En la entrada, junto a un escaparate de software falsificado, hacía de centinela un cartón diseñado a escala de Arnold Schwarzenegger.

El Exterminador, en su inolvidable cazadora de cuero negro, le apuntaba al visitante con una escopeta recortada.

El Fantasy Paradise era uno de esos ruinosos pasajes de la ciudad de México que abría hasta tarde. Era casi la medianoche y ya no había nadie en la tienda. En la televisión del negocio se presentaba el clásico de terror adolescente Freddy Krueger, detrás había un librero atiborrado de cajas de películas. Copy saludó al

encargado. El joven lucía varios broches en el cuerpo, el pelo pintado de rojo y abundantes perforaciones.

Copy le entregó la caja del DVD, el encargado en vez de apilarlo con las demás rentas abrió la caja y desprendió el disco.

— ¿Qué crees? — Copy preguntó asumiendo ingenuidad — venía rayado.

— Si cabrón, como las últimas cinco películas que rentaste — le escuchó murmurar.

Copy no dijo nada.

¡Badariel! — gritó con aire intimidante — nos vino a visitar tu cuate. El que nos raya las películas.

Badariel apareció junto a la sección de terror. Badariel se aproximó a Copy, lo arrancó del suelo y después lo sostuvo por los aires. El joven encargado, con furia animosa, saltó al otro lado del mostrador y se puso a la izquierda de Badariel.

— Mira pinche güerito, acá mi carnal lleva diciéndome desde hace un buen rato que te estás chingando los discos, que rayones acá mal pedo, que no se qué. Yo no le creía, aquí el Misael es medio lurias y le

gusta inventar, yo le decía al Misael, no mames ¿Pa qué va querer el pinche güero ese rayar las películas?, ¿Qué gana el cabrón o qué?, ¿Le caemos mal al guey? ¿Lo hemos visto feo? Si hasta le damos su 3 x 2 los martes al puto, ¿Pues de qué nos perdimos Misa?. Entonces le dije aquí a mi carnal, a ver Misael, deja que el güero se lleve una última movie, eso sí, tenla bien checadita, y mira no más pinche güero, yo que te hago el paro y tú que sales con tus mamadas — Le dijo Badariel y lo empujó contra el mostrador.

— Pues mira pinche güero, si algo nos enseñó nuestro jefe fue a ser justos.

Le levantaron las mangas de la sudadera y como si se tratara de una película de sanguijuelas dentadas, Misael, el hermano menor, de una contracción repentina le apresó con la mandíbula el brazo izquierdo. El joven tenía varias piezas dentales afiladas. Cediendo ante la presión de aquella trampa de oso Copy pegó un alarido y con brusquedad se desprendió de los brazos de Badariel. Misael, como si fuese un pitbull haciéndose de un remo de carnaza lo siguió en el trayecto hasta el suelo. Cuando Badariel consideró suficiente el castigo de su hermano le dijo que se detuviera.

Copy quedó tendido en el suelo. Luego le quitaron la cartera y le rompieron en dos la membrecía.

3

Copy corrió hasta el departamento. Ann se había largado. Hack se había ido. No había nadie. Buscó su cuentagotas de Rivotril y se tiró en un sillón. Unas gotas para los momentos difíciles. El antidepresivo actuaba con lentitud.

Nada más saludable que suprimir toda cresta emocional, nada de clímax, nada de desenlaces desapercibidos.

3

Drogado se buscó algo que hacer.

Pensó en poner una película. Sobre el buró donde guardaba el (::: [“**Revólver cargado**”] :::) encontró entre una serie de libros la caja de un DVD negro.

Dentro había un DVD de Verbatim firmado por Máximo Ferré. Estaba firmado por él. Debajo de la firma decía “Mujeres de la luz negra” Copy supuso que era el cortometraje. Copy le había preguntado por él, Ann le había dicho que no tenía la copia.

Ahora podía ver la obra. La primera actuación de Ann.

3

Ann había salido a emborracharse. Hack quien sabe. Copy estaba solo. Podía imaginar a la perfección a Ann. Pensando en la crueldad de sus palabras destroza el cadáver del helecho. Busca sus tacones aguja. Es tan fácil enamorarte, es tan fácil perder un tacón y pedirle a un desconocido que te ayude a buscarlo. Es tan fácil cogerte a un desconocido. Decirle que lo amas que nunca nadie te había cogido así.

4

Te amo Copy, nunca nadie me había cogido así, le dijo Ann metiéndole el dedo índice a la boca. No tenían más de doce horas de conocerse.

4

Figúrese estar frente a una maqueta de trenes a miniatura, hay una competencia de trenes eléctricos. En el primero va Copy con gorro de motorista, opera él, lo hace con el esplendor y boato de la victoria, lleva overol de

broches, un mapa y una pesada brújula que tira de una correa, Ann, sentada en el suelo del cuarto de maquinas, mira a Copy con mirada estúpida y enamorada, lleva un vestido de flores y un pañuelo del principito agitándose a merced del viento, prepara limonada. En el segundo tren también van ellos, pero esta vez van ellos de verdad, este segundo tren aparenta una ligera desventaja, esta vez Copy y Ann van en vagones distintos, Copy, sin un diente, se masturba intentado seguir el agitado bamboleo de las cajas; por su parte, Ann, en el vagón inmediato, duerme en el suelo usando un mapa como sábana para abrigarse, se le ve triste y lesionada, como si alguien le hubiera pasado un hacha sin filo, no hay nadie en el cuarto de máquinas, se dieron cuenta de que el tren era eléctrico y por lo mismo estúpido maniobrarlo. El segundo tren alcanza al primero y se estrellan en el primer cruce de caminos. Hack se parte de la risa.

4

Copy, abatido, colocó el DVD y se dispuso a ver los diez minutos cincuenta y cinco del filme de Ferre. Máximo, con un sombrero tejano la perseguía entre muebles cubiertos por sábanas. Ann corría desnuda con cuchillo y los pelos de punta. Unas escenas después Ferre, cámara

en mano, la sodomizaba con un fute sobre una silla de montar.

Le había pintado los pezones de negro.

— Te amo, nunca nadie me había cogido así.

4

Rompió el disco en dos partes iguales. Lo hizo pensando en el cuerpo de Ann imaginando que la arrancaba de sí misma. Como en esas torturas medievales con sogas y fuerza de caballos.

4

Copy necesita matar a alguien. Puede matarse. Puede matar a Ann. Puede matar a los chavitos del videoclub. Puede matar a Hack. Se puede. Puede matar de uno por uno. Como en las películas. Nervioso se sienta en la orilla de la cama. Tiene el

(::: ["Revólver cargado"] :::)

Entre las manos. Copy se queda haciendo bizcos frente a él.

Dejó caer su cuerpo contra la cama, se puso una almohada en la cabeza y extendió los brazos sobre las sábanas.

4

J.os e ne:cmac m3atarcita aalguien.
Pued1e1matarse. Pue3maatar peu a nAn. ede mtar a
losvitos c ha dle vi de oc lub.”] Pu4ede1 1seqwerqwr. de
m4 atarpui09qjer98ghvbe wkputosde uno por no u. :
PpCompelicula2s las 2pelíc3ulas. Las películas
Ne4rvioso asdfaisdvoifn NPIPREGse sienta en la orilla
de la cama.ASDFGAISOF EFASA Tiene el (:::: [“Revólver
cargado”] ::::) entre 4las manoARTOPOPAsesafrer.”]
Copy :::) se queda:::) hacien2 :::) biz2cos fren3t e a él.
:::)”]1DededededASDFOIA Sjó jASDóóóóó jóój óóóó ó ó
caer su cu er pontra la c , se nana pu pus una al mo al
ma hada en la cabza y ex1te2nd ió los bra zos
sobre las s ában as.
Sdfaweqw4532869HGANE9U1V0H8H89=0 wkputos
_____D
ESE. J.os e ne:cmac m3atarcita aalguien.
Pued1e1matarse. Pue3maatar peu a nAn. ede mtar a
losvitos c ha dle vi de oc lub.”] Pu4ede1 1seqwerqwr. de
m4 atarpui09qjer98ghvbe de uno por no u. :

~~PpCompelicula2s — las 2pelíc3ulas. — Las películas
Ne4rvioso asdfaisdvoifn NPIPRETGse sienta en la orilla
de la cama.ASDFGAISOF EFASA Tiene el (:::: [“Revólver
cargado”] ::::) entre 4las manoARTOPOPAsesafrer. ”]
Copy :::) se queda:::) hacien2 :::) biz2cos fren3t e a él.
:::) ”]1DededededASDFOIA Sjó ¡ASDóóóóó jój óóóó ó ó
caer su cu er pontra la c , se nana pu pus una al mo al
ma hada en la cabza y ex1te2nd — ió los bra — zos~~

4

El relato se raya. No sé puede leer. O sí. Pero todo el texto está puteado. Copy tiembla como descompuesto o enfermo. Como personaje frente un final escrito por un adolescente. Un final de efectos, un final mediano y rematado. Un final con cursivas, con un personaje que se queda muriendo para siempre.

Despierta acalorado el cuerpo que duerme bocabajo, se intenta mostrar la parte de atrás de una alfombra y se descubre el desastre del diseño.

Por desesperación se invierten las fuerzas, se cambian las reglas, donde se trata de ser inteligente pareciendo nervioso al mismo tiempo, un cuento para

ser impreso a doble espacio y pasarlo corrigiendo en MS Word el resto de los tiempos.

4

“El problema no es que fuera un mal escritor,
el problema es que era un delincuente.”

Hermann Broch

Hack está exhausto después de hablar veinte páginas seguidas y en tercera persona. Tiene treinta años y jura por Dios que a sus treinta años ha encontrado el hilo negro de las cosas.

Se puede quedar como un cuento, se dice, pero va a ser un gran cortometraje.

No siendo suficiente que la gente vea como me burlo de mi mismo, al final, el final está deliberadamente rayado.

Hack

4

Hay cuentos que se cuentan los niños que no tienen otra finalidad que la de ser aburridos, cuentos o bromas que prometen durar para siempre. Una sucesión de enredos que obtienen su encanto en la amenaza de no terminarse.

Como la broma del gorro que lleva dentro una abeja; el gorro, donde tiene la abeja su abejera, se extravía una y otra vez impulsado por el vuelo secreto de la abeja. El gorro va engañando — con la promesa de su atractivo— a quien acepta ponérselo en la cabeza. La broma consiste en que el gorro que esconde la abeja siga perdido y vaya engañando a quien acepte ponérselo en la cabeza, luego se va improvisando acerca de los distintos dueños y los pinchazos que da la abeja, la cual, misteriosamente, no muere al clavar su aguijón. Un final tras de otro, un final que se va posponiendo, una historia de la que cualquiera sabe el final, un cuento que no puedes terminar a menos que alguien lo termine por ti.

Quien comanda la broma tiene que prolongarla el mayor tiempo posible. La broma termina cuando el espectador descubre que ésta puede ser infinita.

4

Alguien (no importa quién), abre el buró de al lado de la cama y toma el

(::: [“Revólver cargado”] :::)

con sus paréntesis, su aparador de dos puntos, sus corchetes, diéresis, cursivas y negritas; se lo mete en la vagina, no lo dispara, prefiere apretar los dientes e irse caminando a Roma con él.

COMENTARIO DE TEXTO

Apenas terminé de escribir el cuento recibí un mail.
Era de Hack.

To: humo_akre@hotmail.com

From: kirby_cobain@gmail.com

Subject: ViagraCeli%50SoyHack

Espero no te asustes. Soy Hack. Entré a tu computadora. Estabas conectado a internet mientras escribías. No pude evitar entrar a tu ordenador. Me venció la tentación. Tú habrías hecho lo mismo. Leí tu cuento mientras lo escribías. A punto de cerrar sesión descubrí que me incluiste. Muchacho: me preocupas de verdad. ¿Haz leído a Onetti? Si alguien entendía que no es necesario el asesinato para arruinar por completo la vida de un individuo era Juan Carlos Onetti. Por eso Onetti no me recuerda a Quiroga. Dentro de lo tremendo escrito sin

tremendismo Onetti da el siguiente paso, siendo éste, curiosamente, una retrocesión en la ciencia de la solución del relato. Sí Copy tu idea no es original. Pero no te desanimas. Un día descubrirás que accidentalmente escribiste una novela. Lee a Onetti. Lee a Bioy. Vuelve a leer a Jorge. Volver a leer a Cortázar no está demás. Deja de leer a Bolaño. Sobre todo lee a Onetti. Tú quieres ser él. Su obra es angustia. Cuando hay angustia sólo queda la muerte. Onetti prefiere la no solución, como el saqueador sanguinario, aquel que arruina lo ya arruinado y al final decide irse. Aquel que mata al padre y a la madre pero prefiere dejar vivo al huérfano que todo lo ha visto. Una crueldad brillante esa la del Señor Onetti.

Mira la última línea de uno de sus cuentos:

Desde el coche, yendo a la estación, derrumbada entre maletas, busqué el pedazo de playa donde había vivido. La arena, los colores amigos, la dicha, todo estaba hundido bajo un agua sucia y espumante. Recuerdo haber tenido la sensación de que mi rostro envejecía rápidamente, mientras, sordo y cauteloso, el dolor de la enfermedad volvía a morderme el cuerpo.

La angustia en Onetti jamás se detiene, sólo se agudiza. En Onetti siempre falta la última vuelta de tuerca. Para leer a Juan Carlos Onetti se necesita una sensibilidad íntegra, el autor Uruguayo es una clara invitación al reconocimiento de una realidad definitiva y atroz, aunque no por esto inmediata. Buscando en un proceso de interiorización ya no una solución, sino al menos una señal de identidad, marca que en la mayoría de las ocasiones, resulta cruelmente omitidos.

Ten cuidado Copy.

No es necesario perder la cabeza.

Perdón por entrar a tu computadora.

Perdón por haber leído todo lo que has escrito.

Perdón. Esto no lo hacen los amigos.

Yo no soy tu amigo.

Soy tu lector.

Y te estás pirando muchacho.

IFE

Las siguientes semanas estuve muy ocupado. Me entretenía preparando un cuento para niños para un concurso organizado por el IFE. Mi único encuentro con Hack fue en el lobby de la compañía. Yo iba muy apurado, en menos de dos horas vencía el plazo de entrega del concurso de cuento. Me aterraba ver a Hack. Me aterraba saber que había entrado a mi ordenador. Desde que recibí su correo no había vuelto a conectarme a internet.

Hack, sentado en las orejas de un sillón de cuero leía un libro que me pareció reconocible. A pesar de mi apuro me detuve y para salir de las dudas le pregunté por su lectura.

Hack estaba leyendo uno de los libros que la SEP edita para la educación básica. Un libro de historia para tercer grado de primaria con un mural de Orozco en la portada. Por mayor que fuera mi prisa me vi obligado a preguntarle qué hacía con el libro de texto

—No sé — me respondió — los autores de estos libros le hacen creer a los niños que en México todo está resuelto.

Cerró el libro y continuó con su discurso.

— Según este libro todo lo que tenía que ser peleado ya fue peleado — hojeó el libro desanimado y se puso de pié — según los autores México ya no tiene enemigos. Creo que la SEP no considera la maldad como componente de los procesos históricos.

—No sé — concluyó con cierta malicia — yo creo que en México reina la muerte.

Yo, por mi parte, advirtiendo la escala del precipicio que anunciaba su conversación preferí no decir nada.

Me despedí de él y salí del edificio.

—Juro no volver entrar a tu computadora me dijo. Luego sacó un USB de su bolsillo, mira, es un cuento, necesito que lo leas.— Me miró firmemente a los ojos y continuó— Lo escribiste tú, es tu mejor cuento, sólo le cambié los nombres a los personajes y le puse un epígrafe. Eres un gran escritor.

Yo sentí un escalofrío.

Sabía de qué cuento me estaba hablando.

UN CUENTO EN UN USB

“De modo que la soledad, o la conciencia de la soledad, la depresión, el hecho de ser rechazado, todo eso desaparece al escribir.

Exacto. Y su fruto es una rareza. Por eso su supervivencia es una cuestión de vida. Todo es raro. El aire, la tierra, el agua, la producción, el consumo, la materia, el espacio, todo es raro. De ahí que el libro, que es tan inmortal como la materia o el aire, simbolice la vida.

Pues si escribir es eso, copiar la vida, entonces la vida es absurda. Claro que la vida es absurda, porque está hecha de rarezas

Pero usted jamás persiguió la felicidad.

No, perseguir la felicidad significa creer que uno puede alcanzar el sentido de la vida. De niño, nunca me pregunté por el sentido, el objetivo o la razón de ser de la vida. Es, y punto. Pero era consciente de que mi clase social, la burguesía, mis amigos, los neónidas, siempre trataban de alcanzar algo.”

Sartre

Me marcaron diciendo que me había ganado el premio André Gaspar. No me despertaron. Yo pensaba en novelas que es como decir pensaba en mujeres. Mujeres de piernas largas. Yo no había leído a Gaspar. Había leído a Borges y a Cortázar. Había leído una novelita de Cesar Aíra. Me habían recomendado a Piglia y a Arlt pero nunca había leído a Gaspar. Cuando me despertaron leía a Beckett y trataba de meter frases suyas en mis cuentos. Mis cuentos los hacía con frases robadas. No sabía lo que era robar.

Lo más raro es que no me inscribí en ningún concurso. Yo nunca pedí esa beca. Han de haber llegado a mi blog y les ha de haber encantado me dije. Sólo me dijeron que me había ganado el premio André Gaspar. Aún así permití que me encerraran en una casa con cientos de dólares. Yo no sabía lo que era robar.

Me enviaron un boleto de avión en un sobre negro. Supe que era cierto. Mi madre estaba emocionada. Hizo mi maleta. Guardó mi ropa, un cepillo de dientes y una pluma dorada que me compró cuando me gradué. Tenía que volar a Argentina. En el aeropuerto me recibió la hija de André Gaspar. Se veía triste. Tenía los ojos muy

separados. Salimos de Buenos Aires en una limosina y fuimos al campo.

—Tú eres Copy me dijo.

—Sí yo soy Copy le dije.

La casa en medio del campo era muy grande. Tenía un invernadero, una pista de tenis y una habitación con un piano negro. No había biblioteca. Aún cargando mi equipaje fuimos a ver todas las habitaciones. Los muebles estaban cubiertos por sábanas. La hija de Gaspar fue abriendo la puerta de cada una. Esperaba unos segundos y acto seguido las volvía a cerrar.

— Esta es la casa donde vas a escribir la novela, cuando termines tendrás tu dinero. Me dijo cruzando los dedos. Yo le di las gracias. Me encontraba nervioso.

—Puedes quedarte en cualquiera de los cuartos. Sólo tienes prohibido entrar al sótano. Creo que mi padre se mató ahí. Se llevó la mano al pecho y me miró con demencia. La acompañé hasta el jardín. Entonces se fue. Estaba encerrado en una casa con reglas.

Llevaba tres días solo en la casa. La casa me daba miedo. Los tres días las luces estuvieron encendidas. Me

quedaba en uno de los dormitorios. Elegí el más simple de todos. Tenía una ventana que daba a la pista de tenis. Yo me paseaba por la casa fumando y escribiendo de vez en cuando en mi libreta negra. No soñaba nada.

No le había marcado a mi madre. No había teléfono. La mañana del tercer día bajé al sótano. En el sótano, después de una serie de escaleras había una cámara negra.

En el centro, junto a una colchoneta gris había una vitrina cerrada con llave. Dentro había nueve libros encuadernados en piel negra y un Pedro Páramo de Juan Rulfo. Eran los únicos libros de la casa. Los libros negros no llevaban señas de identidad. El Pedro Páramo se encontraba volteado. Cuando llevé mis dedos a la cerradura escuché ruidos en la casa. Subí de inmediato las escaleras y salí al patio.

La hija abría todas las ventanas. Entré en la casa, me sentía muy apenado. La hija de Gaspar preparaba una torta de cebolla. Me senté a comer con ella.

—Creo que en esta casa se suicidó mi papá —me dijo la hija señalándome con su cuchillo — vamos a traer a una persona para que intente hablar con su espíritu.

—Lo siento mucho. Le dije.

Salí a caminar a la pista de tenis. El calor era insoportable, la hija me veía desde la ventana de la habitación donde yo dormía.

La médium llegó por la tarde, bajo el brazo llevaba un frasco con dos ojos vivos. Nos sentamos en la mesa a esperar. La hija de Gaspar descubrió de una sábana uno de los cuadros. Era un retrato de Gaspar. La médium con expresión abstraída lo miró de forma intensa. Nos tomamos de las manos. La copia del cuadro no tembló en ningún momento. Fue tranquilizante saber que yo no me parecía en nada a Gaspar. Dos horas después la médium se levantó y nos dijo que André Gaspar no estaba muerto. Sólo dijo eso. La médium tomó un poco de la torta de cebolla y se fue en un automóvil negro. Me quedé solo con la hija.

—¿Por qué me trajeron aquí? Le pregunté a la hija.

—Para que escribas una novela Copy. Me dijo

Nos quedamos en silencio.

—Tu padre no ha escrito nada. Tu padre no era escritor. Le dije de repente

Ella me volteó a ver con expresión de hechizada.

—Él quería ser escritor. Tú viniste aquí a escribir su obra. Por eso te dimos a ti la beca. Me dijo y me sirvió vino.

Esa noche subí a mi habitación y cerré la puerta. Ella estuvo toda la noche caminando en el pasillo. Cuando los pasos se volvían más intensos se detenían. Yo sabía que estaba al otro lado de la puerta. De pie al otro lado de mi puerta. No la vi durante tres días.

Comía pan negro y bebía vino de manzana. Fumaba mucho. No sentía hambre. Pensé en irme de la casa pero no me atrevía. Estaba escribiendo mi primera novela. Mi novela se comenzó a tratar acerca de mí y de la casa. En la novela yo estaba enamorado de la hija.

Además de escribir me masturbaba mucho. Me masturbaba y me quedaba dormido. No soñaba nada. Un día sí soñé. En el sueño me absorbían la mente. Cómo si mi mente fuera un líquido y alguien me quisiera ahogar en él. No entendía lo que me encontraba viviendo. En la novela trataba explicarlo. Llevaba dieciséis días en la casa y ya había una historia. A veces pensaba en el desenlace pero prefería permanecer en el medio.

Masturbándome hasta quedarme dormido. Tenía claro, paso por paso, cuales eran los movimientos de la novela.

Me ganaba la beca André Gaspar para escribir una novela. Me encerraban en una casa que a todas luces estaba hechizada. Yo podía salir de la casa en cualquier momento. Había decidido quedarme. Me encontraba solo gran parte del día. Tenía muchas cosas en que pensar. André Gaspar no había escrito nada. Gaspar ya estaba muerto. Su hija me visita de vez en cuando. La hija se comporta como ser asesinado. Como muy poco. La beca, según me explicó, era para escribir una novela. Mi novela va a formar parte de la obra de Gaspar. En la casa hay una sola regla. No bajar al sótano. El tercer día me venció la tentación. Bajé al sótano y no ocurrió nada. En el sótano hay un armario cerrado con llave. Dentro están todos los libros de la casa forrados de negro. En la vitrina hay nueve tomos encuadernados en negro y un Pedro Páramo volteado al revés. Para abrir se necesita una llave.

Con ese material más que escribir deducía. En esa casa yo era André Gaspar. Tenía que acostarme con mi hija y terminar mi novela. La novela la forrarían de piel negra y la guardarían en la vitrina. No sé si me iban a

matar. No sé si era el primero en obtener la beca. No sé se si utilizarían mi piel para encuadernar la novela. Por más que lo pensaba presentía que yo era el décimo becario de la siniestra fundación. No lo sabía. Tal vez había nueve escritores jóvenes enterrados en la pista de tenis.

Al día siguiente se aparece la hija. La acompañaba un retrasado mental. Un niño con peinado de casco medieval y pijama morada. Nos encontramos en el jardín. Yo tenía mucha hambre. La hija de Gaspar llevaba una canasta con cebollas y peces crudos.

—El retrasado mental es André Gaspar. Me dijo.

Yo no dije nada.

—Es mi hijo. Se llama como su abuelo. Dijo mirándome directamente al pecho.

El niño se puso a jugar junto a la escalera. Me acerqué a la hija.

— ¿Por qué un mexicano? ¿Por qué le dieron la beca a un mexicano?

Le pregunté con cierta desesperación.

—Bueno, verás— me dijo acariciando a su hijo— mi padre pasó los últimos años de su vida leyendo a Juan Rulfo.

— Y tú ¿Has leído a Juan Rulfo? Le dije enfrentándola por primera vez.

—No me gusta la literatura de terror. Me dijo haciéndole rulos al niño.

— ¿Terror? Le dije otra vez nervioso.

— Copy ¿Es cierto que en tu país reina la muerte? Me preguntó a su vez. No supe que contestarle.

Pinche argentina loca.

Volvió a irse.

Sobre mi cama había una maleta con ropa. La ropa me quedaba grande. Estaba empolvada y vieja. Me había ganado una beca y estaba encerrado en una casa terrible.

En la vitrina además de los libros negros había un Pedro Páramo volteado al revés. A la mitad del libro de Rulfo uno llega a la conclusión de que todos los personajes están muertos. Si volteamos la trama descubrimos que todos están vivos. Los que están

muertos están vivos. Sólo permanecen los que se encuentran en el medio.

Maldita casa hechizada escribí en mi libreta. Todos están vivos. Necesitaba ver al fantasma de Gaspar. Al día siguiente vi por la ventana al retrasado mental cavando túneles en la pista de tenis. Se veía muy feliz. No quise acercarme. A su madre no la vi por ningún sitio. No volví a ver nadie en los siguientes cuatro días.

Un día, buscando pan negro en la despensa, me la encontré sentada en un sillón. Amamantaba a su hijo. Su seno estaba lleno de venas azules. La hija de Gaspar respiraba intensamente mordiéndose los labios. Tenía los ojos cerrados.

El cuadro era como una pintura española. Una pintura de los años oscuros. Corrí despavorido a encerrarme en mi cuarto.

Mierda, mierda ¿Por qué tengo que escribir una novela? ¿Por qué tengo que escribir una novela sobre una casa hechizada?

Esa noche, mientras dormía, me despertó un alarido. Una mujer pedía ayuda. Luego gritaba excitada. Después

silencio. No me levanté de la cama. No dormí en toda la noche. No volví a ver a nadie en cinco días.

Una mañana escuché unos disparos. Me asomé por la ventana de mi habitación. En la pista de tenis la hija descargaba un revólver disparando hacia un cielo azul y terrible. La mujer parecía tener cierta autoridad sobre la naturaleza.

¿Qué es esto? ¿Desde cuando? Me pregunté recordando las frases que le había robado a Beckett.

Esa noche la pasé escribiendo sin detenerme.

Varios días después, mientras dormía, se botó el seguro de mi habitación. Cerré los ojos y sentí como una nueva temperatura invadía mi cama.

La hija de Gaspar me sacó el pene de la ropa interior y comenzó a masturbarme. Sabes Copy, me encanta como escribes me dijo y se desapareció entre las sábanas.

No abrí los ojos en ningún momento. A la mitad de Pedro Páramo descubrimos que todos estamos muertos escribí en la libreta. Que horrible experiencia. Vi la pluma dorada, me acordé de mi mamá y quise regresar a

México. Pasaron los días y no pasaba nada. No pasaba nada. No pasaría nada hasta que fuera al sótano. Tenía que ir al sótano. Estaba prohibido ir al sótano.

Ideas para el Capitulo XII

André Gaspar es el villano. Atormenta escritores jóvenes para que desarrollen sus novelas. Esa es su novela. Yo soy su novela. Podría incendiar la casa. Podría ahogar al niño. Debía encontrar a Gaspar y clavarle mi pluma dorada en la espalda. Verlo sufrir con una mancha de tinta negra en el pecho. Pero Gaspar está muerto. Yo soy quien está vivo. Yo soy quien puede morir. Tengo veintitrés años. No quiero contar su historia. No quiero vivir su historia. Mientras escriba esta novela voy a estar vivo. Tengo que destruir su vitrina. Tengo que destruir su obra. Espero que su obra no sea yo.

Esa noche ella volvió a aparecerse en mi habitación. Estaba desnuda, llevaba sólo una llavecita colgando en el pecho. La llave de la vitrina. No nos dijimos nada. La hija de Gaspar estaba completamente drogada. Cogimos como telépatas, sin dejar de vernos a los ojos. Cada que estrellaba mi cuerpo contra el suyo toda la mujer temblaba. La hija de Gaspar se quedó dormida. Le quité

la llavecita y salí del dormitorio. No me atreví a bajar al sótano y esperé hasta la mañana siguiente. La hija había desaparecido.

Ese día tampoco me atreví a bajar. Tuve que esperar tres días. Yo no era valiente. Yo no era héroe, yo tampoco era bueno. Escribí toda la noche, escribí todas las noches. Me fui de la casa. Caminé por una carretera empolvada durante horas. No sabía muy bien a donde iba. Llevaba la llave apretada en mi mano izquierda. Había liebres corriendo por el campo. Había terminado la novela.

Decidí regresar. Entré a la casa. Las puertas estaban abiertas. Escuché los gritos de un niño. No sentí miedo. Bajé la serie de escaleras que daban al sótano. Los gritos crecían. Llegué a la cámara negra. Frente a la vitrina estaba la hija de Gaspar muerta. Llevaba un vestido gris. No tenía los ojos. Su hijo le metía los dedos a las cuencas vacías. El niño apenas me vio dejó de llorar. Tenía los dienteitos manchados de sangre. Escuché unos pasos en las escaleras. Era André Gaspar.

— Copy, te pedimos que no bajaran al sótano — me dijo levantando en brazos a su nieto.

INTERMEDIO

La redefinición de textualidades ha sido objeto de estudio de diversas investigaciones. Si bien George Landow describe este fenómeno (el de la transliteración) como un modelo observable en relación al proceso de lectura, Jaques Derrida, por su parte, en su libro *Ecografías de la Televisión*, escrito con Bernard Stiegler, revisa las implicaciones de su montaje. El corpus examinado en el libro es ni más ni menos que la televisión de los años noventa. Según Jaques un fenómeno textual carente de estructura u organización alguna. La escritura del libro es motivo de mención. El libro, presentado como una serie de entrevistas cubre a tiempo real una de las últimas ideas del científico loco. Derrida ya viejo y medio demente, a modo de Reality Show permite la instalación de una cámara de TV en su propio domicilio. Una vez habiendo participado en el extraño simulacro el pensador concluye acerca de la espectralidad y virtualidad de los discursos.

Por el momento basta acercarnos a los conceptos tratados por Derrida y de los que con valentía nos valdremos en nuestro librito de cuentos.

Artefactualidad: hechura ficcional, dispositivos ficticio o artificial que genera una “realidad” en cuya conformación se degenera el tiempo real.

Simulacro: la apropiación del tiempo y el espacio público con el objetivo de emular una realidad caracterizada y regulada solamente por su ordenamiento técnico o montaje.

Montaje: la creación de escenografías o espacios donde sea posible el acontecimiento. Este simulacro es llamado fantasmagórico comparándolo con un cuerpo que no está presente pero que artefactualmente está visible. Derrida sugiere que el mismo espectador tiene que aprender a discernir, componer, pegar, a montar, justamente para volverse consciente de la artificialidad y relaciones de poder de los discursos actuales.

Sí, ese Jaquie era un genio.

HACK

HIPSTER CABEZA DE ÁNGEL

No me fue posible ver a Hack las siguientes semanas. No quería verlo. Haber leído ese cuento me había destruido. Mi propio cuento escrito por alguien más. Pensé en buscar a Hack para romperle la madre. No lo hice. Me perdí en mí. No le conté a nadie.

El trabajo en el laboratorio de video aumentaba de forma creciente. Bebiendo café junto a latas de video desordenadas. Considerando volúmenes de luz frente a un tablero de operaciones. Domando con sintetizadores secuencias de video. La edición de video mantiene en niveles muy altos la actividad demencial.

Es complicado encontrarle un sentido a la vida en un tablero operativo. Yo que a los nueve años había filmado una película del medio oeste. Yo, quien a los diecinueve años les decía a las mujeres que iba a ser cineasta, un cineasta famoso, un cineasta tan prometedor que hubiera sido estúpido no pasar la noche con él.

Yo que obligaba a mis amistades a admirarme por las películas que planeaba dirigir. Yo que había tenido que vender mi cámara de alta resolución para ir a conocer

Edimburgo. Yo que ahora escribía porque ya no tenía ni padres, ni dinero, ni cámara de video.

Mi tragedia a diferencia de Hack es más fácil de comprender. El cineasta frustrado mediando la resolución de la pradera verde por donde correría Demían Bichir oliendo a perfume.

Un buen día mi jefe de departamento me dijo que alguien me buscaba. Era Hack, muy intranquilo, diciéndome que su madre y sus hermanos habían salido de la ciudad. Que había organizado una reunión en su departamento. Sirviéndome agua en un cono le pregunté si podía invitar a unos amigos. Me dijo que sí y me entregó su dirección en una tarjeta enmicada.

A media tarde, al salir de la oficina, fui a mi departamento. Leí un libro acerca de fumadores y asesinos y esperé a que anocheciera dormitando en un sillón negro.

Debería matar a Hack. Librarme de él. Librarme de mí. Matar. Vivir.

Me levanté, tomé un baño, arreglé mi bigote, encontré mi camiseta de los Smiths, busqué mis jeans más descuidados y me despeiné con atrocidad nerviosa. Cada día me era más difícil asfixiar al oficinista de maletín

y corbata en el que me había convertido. Encendí el motor del Renault 5 y vi por el retrovisor mi facha de escritor forajido. Mi cabello de pajar devastado, mi bigote a la Clark Gable. Aunque sentí pena por mí preferí encender la radio antes de empezar a tomarme en serio.

Ann me esperaba con los chicos en el Parque Hundido. Los encontré bebiendo sobre un bloque de piedra. Nos acabamos la botella y escoltamos a Ann a lo largo de la ciclopista.

Ella no sabía que la odiaba. En mis textos la descuartizaba.

De mis amigos no quedaba mucho que decir. Todos eran unos farsantes. Yo era uno de ellos.

Nos conocimos en el Laboratorio de Soluciones e Ideas. Encontrándonos en los elevadores, supervisando las esquinas de los libros que salían de nuestros abrigos.

Rastreadores de música desconocida, lectores más bien desorganizados.

Nuestras aspiraciones superaban por mucho nuestros talentos lo cual nos mantenía en un estado de resentimiento profundo.

Un buen día, señalados una serie de engaños, entendimos que todos éramos unos embusteros y que podíamos ser amigos.

Esa tarde, antes de salir de la oficina, convencí a los chicos de acompañarme a mi reunión con Hack.

La cita con Hack no modificaría nuestras prácticas de integración social. La Ciudad de México nos obligaba generalmente a encerrarnos en un departamento. Ya en nuestra guarida sacábamos nuestra guillotina portátil, montábamos un estrado de cojines y nos dedicábamos a hablar mal de la gente de nuestra edad que hacía cosas importantes.

Buscamos un Seven Eleven, compramos un baúl de cervezas y dos litros de helado de vainilla.

Hack vivía en una torre de apartamentos cerca de Tlalpan.

En un inmueble gris y devastado. Una construcción pesimista, un ataúd enorme con respiraderos de concreto. Estacioné el Renault 5 junto al esqueleto de otro automóvil. Mientras me las ideaba para empatar el arpón contra robos con el volante Ann me abrazó y me preguntó a donde la había traído. No recuerdo si le contesté.

Entramos al edificio y dimos a un patio central. Vimos lo que quedaba de una estatua de Miguel de la Madrid con siete cráteres en el pecho. La cabeza cercenada de un santo que nadie supo identificar. Pajareras escondidas con capas negras y calendarios de distintas compañías tirados por todas partes.

Subimos atemorizados por las escaleras hasta dar con el número doce, según la invitación enmicada, el departamento de Hack.

Nos detuvimos frente a la puerta con aire de pistoleros principiantes. Había un hilo de luz blanca en el resquicio de la puerta. Pensé en su copiadora y en sus ruidos fantasmas. En un pulsar de luz negra viajando a mil kilómetros por hora. Fuerza hertziana atravesando la tierra.

Hice sonar un timbre de botón plateado. Nadie contestó. Esperamos algunos minutos dando tragos amplios a nuestras cervezas. Mis amigos empezaban a desconfiar de mis cualidades como agente social. Preferí no darle importancia a su apatía, no era la primera vez que íbamos a una reunión en un edificio feo.

No saben como agradezco su compañía, les dije mirando con desaliento el marco de la puerta.

Escuchamos pasos y luego un silencio irresistible. ¿Y sí nos está preparando una trampa? me preguntó Ann en voz baja. Yo no sé porqué imaginé cuchillas de afeitar escondidas en los Sabritones. Una trampa de oso en el cajón de los tenedores. En Hack preparando un sepulcro derribando un ropero en el suelo.

Le di un trago a mi cerveza y sospeché que el historiador, en realidad, nos estudiaba con inocencia detrás de la puerta.

Creo que no hay nadie dije en voz alta. Hack de inmediato abrió la puerta. Peinado como cadete americano y con un sweater de rombos blancos.

Se le veía notoriamente alterado. Abrió la puerta por completo y nos invitó a pasar. Atravesamos un pasillo y llegamos a una sala de estar. Ann y yo nos sentamos en un diván de cuero. Los otros tres, desconfiando del lugar, encontraron lugar en un sillón negro.

Hack sin saber muy bien que hacer merodeaba su propia sala sin encontrar un lugar adecuado. Con los brazos en la espalda, apretándose la muñeca con el pulgar, como si estuviera ensayando el papel de un prisionero para una obra de teatro.

Miré a Ratón y este me sonrió con desdén fingido. Ratón contó, supongo para romper el hielo, la historia del grupo de transmetal “The blackheart geeks”, una liga de jovencitas holandesas que se habían vuelto famosas por asesinar a un ex novio suyo en cada concierto. Uno de sus novios advirtió que dos recitales más serían suficientes para que lo ataran a una silla con cinta canela y las denunció con la policía. El escuadrón homicida cumplía su condena en la prisión de Nantes.

Hack, sin interesarse mucho en la conversación se sentó sobre la mesa central junto a una máquina de escribir portátil.

Sobre la mesa había un huevo de avestruz ajustado en un anillo dorado, álbumes de fotos y una taza de la universidad de Columbia.

En la televisión estaba puesto el National Geographic. En el canal se transmitía un documental acerca de buscadores de tesoros en Topeka. Balú, arrebatando el micrófono a Ratón nos contó que había encontrado en Internet la convocatoria al VIII certamen de cuento de ciencia ficción “Ray Bradbury”, convocado por la NASA y el Instituto de Estudios Blas Pascal. El premio

era la posibilidad de que la NASA transmitiera al espacio exterior una versión magnética del cuento.

Pasar una velada con mis amigos nos era muy distinto a desvelarse en el Wikipedia, seleccionando nodos aleatoriamente. Cuando noté que la intrusión había llegado a su grado más alto. Supe que ya no tenía que preocuparme por ellos. Podían seguir diciendo estupideces. No tardarían en poner música y empezar a bailar como pendejos.

Entonces le pregunté a Hack por el trabajo y me dijo que todo estaba bien. Se levantó de su asiento y desapareció en una de las recamaras.

Yo esperaba impaciente a que Hack me diera una pista del motivo por el qué me había citado. Como quien espera el final de un cuento que empieza a prolongarse.

Ann me preguntó qué cómo me iba con lo del libro de cuentos para niños que estaba escribiendo y yo le contesté que estaba considerando basarlos en crímenes reales.

Ella respondió, diciéndome que ese, más o menos, era el título de la primera novela de una escritora australiana.

—Nunca se es original — reflexioné con desánimo— siempre hay un estudiante en Estocolmo que aprovechando la diferencia horaria lleva a cabo el proyecto que se nos ocurrió antes de irnos a dormir.

Y eso en el mejor de los casos, me respondió dando un sorbo a su cerveza.

Hack regresó de la recámara con una planta carnívora y un pastillero de mentas.

Ann, extrañada por los accesorios de mi amigo le preguntó a Hack si podía poner música.

Hack, sin mirarla a los ojos le señaló un escritorio de madera en medio de la sala. Ann conectó su Ipod a los altavoces de una computadora. Bardo nos hizo notar la sincronía entre la música reproducida y los contenidos de medianoche del National Geographic. En la pantalla de 17 pulgadas una ballena leopardo desquiciaba la fauna indefensa de un bosque submarino.

Dejé de prestarles atención cuando vi que Hack sacaba insectos muertos del pastillero de mentas. Una vez los ejemplares seleccionados, los organizó con cuidado sobre el vidrio de protección del escritorio. Luego con unas pinzas plateadas situó una mosca negra en las ventosas de la planta. La planta, con ferocidad perfecta,

blindó su mandíbula en contra de la mosca. Hack se mantuvo inexpresivo. Yo me sentí mareado y caí en cuenta de la profundidad del fotocopista de mi compañía.

En ese momento me fue imposible determinar si lo que sentía por él era ternura, curiosidad o repugnancia. Hack levantó el frasco donde vivía la planta carnívora y acondicionó al ser vivo entre sus piernas.

Ann le preguntó a Hack si podía usar su cocina. Hack le dijo que sí acariciando los dientes de la planta. Ann me tomó del brazo y me llevó con ella a la cocina.

Que raro es tu amigo, me dijo, mientras buscaba una cazuela en un estante de madera. Sacó un litro de leche del refrigerador, verificó la fecha de caducidad y lo derramó sobre la cazuela. Buscó una cajita de Victoria Secret en su bolsa y espolvoreó la leche con marihuana. Esperamos en silencio a que la leche espumara en el armazón plateado de la estufa. Una vez que el lácteo consiguió una gradación mentolada apagamos el fuego y esperamos a que se enfriara. La colocamos en la licuadora con el helado de vainilla. Las aspas se encargaron de confundir el contenido. Regresamos a la sala con la malteada verde aún en el recipiente. Hack había dejado a la planta carnívora en la ventana. Ann

servió cinco vasos. Antes de entregarle su bebida a Hack le expliqué lo desmesurado del estado mental que alcanzaría después de beber la malteada.

A Hack no pareció importarle pues se bebió el batido de un solo trago. Unos minutos después, con bigotes de espuma verde, me confesó que nunca había fumado marihuana.

Suspiré desanimado y me hundí entre los almohadones del sillón.

Ann se descalzó con galanura y soltó sus zapatillas sobre el suelo. Me dio un beso en la mejilla, se despeinó y se quedó viendo a los pies como si estos fueran importantes. Se hizo un breve suspenso. Ann modeló una pista de baile expulsando al diván negro de la superficie alfombra. Balú, sin perder su eje empezó a sacudir sus hombros en retracción coordinada. Ann, cervatillo de tobillos blancos, como si escapara de la mira de un rifle merodeaba la sala con saltos que remataba con agitación fingida. Ratón, seguía a Ann imitando de forma inversa el orden de su trayecto. Bardo se palmeaba el pecho yendo de un extremo al otro de la pieza.

A Hack no le llamaban la atención los pasos de los bailarines narcotizados.

El copista sacó un tubo de pegamento Pritt le quitó la tapa y se entretuvo haciendo telarañas. Uniendo y separando el pegamento con la yema de los dedos. Superponiendo los hilos blancos, componiendo una tela blanca y perfecta. Como si estuviera tejiendo una alfombra para la tumba de Cesar Aira. Como si estuviera zurciendo una historia donde sería imposible distinguir el conflicto. Un verdadero relato de serie negra que para colmo sería fotocopiado tantas veces que sería imposible leerlo.

Profundamente intrigado por la formación del pegamento, olvidándome de mis amigos, me acerqué a preguntarle por su libro de Historia. Él me respondió que todo iba bien, que escribir libros de historia era el mejor método que había encontrado para dar con el sentido de la vida.

Al pobre se le veía desorientado, reaccionado con violencia ante estímulos imaginarios, levantándose de forma súbita, apretando los dientes atemorizado. Llevándose las manos a la cara, anticipando algo horrendo, como si se negara a ver un accidente entre dos trenes bala.

Vi sus ojos encharcados de ciruela y supe que la malteada psicotrónica había causado efecto en él. Hack sin saber como reaccionar ante la expansión de su conciencia dio un grito de combate y me dijo en voz baja: Mira, todo se está yendo a la izquierda.

Hack se sumió en el sillón con expresión de hechizado y se quedó dormido. Yo le quité los lentes, los puse sobre la mesa y me incorporé a los demás bailarines.

Me sentía como un imbécil. Miraba a Ann con rabia. Balu apretaba su cintura.

Hack se levantó una hora después con expresión de asfixiado, desconectó el cable del Ipod y nos pidió que nos detuviéramos con un penoso aleteo.

— Silencio, silencio — dijo el copista buscando sus gafas— antes de que sigan bailando como imbéciles quiero que sepan algo importante.

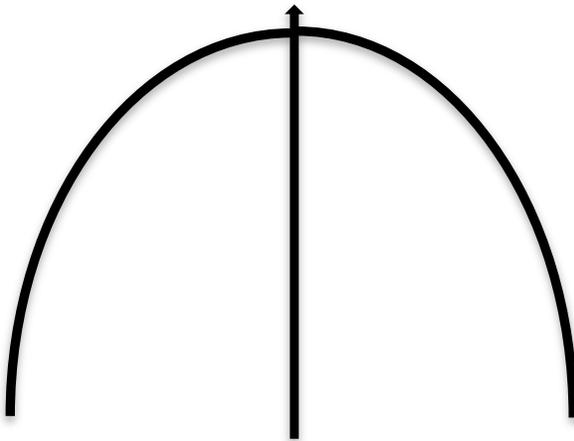
Todos nos sentamos en la alfombra e intentamos concentrarnos. Hack lleno de vitalidad y fuerza expresiva miró hacía el cono de luz de la lámpara.

Acto seguido se quitó el sweater.

Al muchacho se le veía apurado, sin saber muy bien como empezar con su oratoria. Se llevó las manos a la cabeza y arruinó su peinado.

— Supongo, en gran parte por su comportamiento que saben que van a morir — empezó diciendo — la cuestión, muy delicada en sí, parece no importarles.

Hack se detuvo, estiró su playera y señaló el estampado apuntándose al pecho.



—Miren —nos dijo entristecido — ésta es una variación de la curva de Hubbert, en ella se explica el comportamiento de la producción del petróleo.

Suspiró y extendió su playera con las dos manos. Una vez que comprobó que lo seguíamos, continuó.

— Según los indicadores, nosotros estamos aquí, en la cima, lo cual significa que sólo nos queda descender. Según el diagrama estamos por entrar en una fase de

descrecimiento, pero eso probablemente ya lo sabían. No les estoy diciendo nada nuevo cuando les digo que nos acercamos a un colapso eminente y definitivo. La verdad es muy simple, si no hay petróleo, no hay gasolina. Si no hay combustible es imposible pensar en transporte. Se ha comprobado que las energías alternativas al ritmo del desarrollo tecnológico no serán suficientes para compensar la escasez. El petróleo, recurso no renovable, es la fuente de energía que mueve el 95 % del transporte mundial. Si no hay medios de transporte es imposible que lleguen los complementos vitales a las grandes ciudades.

Sin entender la dirección del discurso me levanté del suelo distrayendo la ponencia de Hack.

Hack hizo una pausa esperando a que yo me decidiera por un nuevo lugar. Miró por la ventana y nos pidió que pensáramos en la ciudad de México. En la Ciudad de México sin alimentos.

Nos dijo que vendrían hordas de saqueadores y que que sólo sobrevivirán los asesinos y los asesinos de los asesinos.

Detuvo su oratoria, me tomó del hombro y se dispuso a continuar.

—Perdonen que piense en voz alta frente a ustedes — dijo con voz arrebatada —les cuento esto porque éste es el final más próximo, el más probable, nuestra última esperanza porque las cosas se acaben, he estudiado todas las posibilidades y aunque tengo mis sospechas es ésta la única teoría verosímil. Creo que es importante que consideren que si esto sale mal el presente corre el riesgo de volverse una eternidad. Si encontramos una solución al conflicto petrolero no habrá un error que pueda terminar con la humanidad. Si el mundo no se acaba nada tiene sentido.

Una vez dicho esto se sentó en uno de los sillones.

Miren amigos — dijo por último desde un sillón — si he llegado hasta este punto, al lugar donde cuento mi historia, donde se me permite contar una historia y decir que esa historia es mía lo único que busco es la certeza de que no cambie nada al vivirla y al contarla. Esa es mi única forma de saber que yo y ustedes fuimos felices. Entonces me sentiré bien. ¿Nos sentimos bien verdad?

Yo sin saber que era lo que Hack quería de nosotros vi el estampado de su playera una vez más. Vi el gráfico y me di cuenta de que esa curva en la equivalencia de sus

periodos de esplendor y declive estaba construida como la más perfecta de las tragedias.

—Espero no haber asustado a tus amigos. Me dijo Hack.

Se levantó del sillón y se encerró en su recámara. Todos los demás, estimulados aún por la bebida narcótica se miraban entre ellos buscando alguna explicación.

Yo sentí un vacío espantoso en la boca del estomago. Nadie dijo nada porque nadie tenía nada que decirse.

Nos quedamos en ese estado unos minutos más. Ann me miró buscando una tenaza para arreglar su cabello y me dijo que quería irse.

El chico estaba pasando por una crisis y los idiotas no tenían la sensibilidad para reconocerlo. Ann de mierda. Amigos de mierda.

Fui a la recamara de Hack y toqué la puerta dos veces. Ya que nadie me contestó decidí entrar con cuidado. Me lo encontré sentado en la orilla de la cama haciendo bizcos frente a un revólver. Le pregunté qué era lo que hacía con un arma y me dijo que la había comprado para defenderse. Se la quité sin pensarlo pero no supe que hacer con ella.

Hack dejó caer su cuerpo contra la cama, se puso una almohada en la cabeza y extendió los brazos sobre las sábanas. Aunque pensé llevarme el revólver conmigo lo coloqué de nuevo en su mano.

Me alejé lentamente y antes de cerrar la puerta escuche una risa demente presa en la almohada.

Cuando salimos del edificio, aunque apenas amanecía yo hubiera jurado que estaba atardeciendo. No quise volver a pensar en él. No quise volver a escribir.

2. VUELTA DE TUERCA

El lunes siguiente llegué más temprano de lo acostumbrado al corporativo. Mientras programaba un café late en la expeescuché rumores de actividad en el cuarto de fotocopiado. La puerta, aunque estaba cerrada no llevaba puesto el seguro.

Me asomé intrigado. No había nadie en la sala. La copiadora estaba encendida. Supe que Copy había muerto. Lo supe cuando descubrí que su copiadora imprimía hojas negras. Era evidente. Aquella tarde me conformé con escuchar el rugido láser que espaciaba las impresiones. La copiadora, siguiendo el curso de una programación desconocida parecía decidida a no detenerse. Las hojas negras, tamaño oficio, se fueron recopilando en la plataforma de salida. A mí me dio el sentimiento de estar viendo un aparato blanco seccionar un precipicio. Como si fuera una guillotina, la ventana negra de una guillotina. Ahí estaba yo, se los juro, muerto de miedo, imaginando que la copiadora separaba en rebanadas un bloque de materia negra, cuando las hojas se terminaron. Entonces, la copiadora exigió el reabastecimiento de papel en la bandeja de entrada.

Mientras esperaba, sin detonación o escándalo alguno, un hilito de baba negra se derramó por la escotilla la máquina.

El hilo negro llegaba hasta el suelo. Me acerqué, tomé las hojas y las guardé en un folder. Limpié con un pañuelo la mancha de tinta, una mancha tan vertical y perfecta como una línea de tiempo, apagué la luz del cuarto de fotocopiado y salí del edificio. Había un gran escándalo a mitad de la avenida.

Una vez en el metro me dieron ganas de cuadruplicar el contenido del folder:

“escribí este libro, es narrativa negra, narrativa en la que es imposible distinguir entre detectives, cadáveres y asesinos”.

Me bajé en la estación de Balderas y caminé a mi edificio. Una vez en mi departamento me serví un whisky, fui a mi alcoba y reuní los pliegos negros sobre la cama. Mientras le buscaba un orden a los rectángulos negros sentí mucho miedo. Una hoja negra debe ser tan pavorosa como una blanca me dije para tranquilizarme. Di vueltas alrededor de la cama, vi las hojas negras un par de veces más, vomité en el baño y pensé en el libro de historia que Hack estaba escribiendo.

Pensé en el libro perfecto.

El libro que leerían el próximo verano todos los suecos.

Un libro negro. Un libro sin forro. Ni portada. Ni lomo. Un libro hojas negras. Un libro de historia de México. Del México negro.

11 DE NOVIEMBRE

El día que terminé mi novela, dos años después, se estrellaría en la ciudad de México una avioneta. En ella iba otra vez el vicepresidente. Hay alguien matando vicepresidentes.

Soy Hack. Narrador. Me dedico a mentir. Soy un profesional. Mis mentiras se vuelven realidad. Sí. Como en la ciencia ficción. Mi fe es tan grande que soy capaz de convencer a cualquier persona de cualquier cosa. De cualquiera. Un día escribir no fue suficiente. Necesitaba ver mis relatos realizados. Necesitaba que algo ocurriera. Necesitaba que me contaran una de mis historias. Necesitaba que alguien viviera una de mis historias. El experimento resultaría si éste alguien era capaz de narrarla. Así el texto cobraría vida. Yo sería el autor de un autor. Necesitaba un escritor entonces. Un escritor desesperado por vivir. No fue complicado dar con él. Me hice un blog y me puse a coquetear con los escritores jóvenes del distrito federal. El primero que cayó fue Copy. Me leí su blog entero. Supe cuales eran sus fantasías. Entré a trabajar a la compañía donde él trabajaba. Renté un departamento y lo decoré con cuidado. Entré a sus archivos e instalé en su ordenador un programa de seguimiento a distancia. Seguí cada uno de sus

movimientos, fui observando la escritura de cada unos de cuentos. Entonces comenzó a escribir sobre mí. Yo amaba hacer mi papel. El chico estaba desesperado. Después de la fiesta supe que había sido suficiente. El relato estaba terminado. El día que me propuse abandonarlo desprogramé la impresora. Él entraría a la sala y encontraría la copiadora imprimiendo hojas negras. Ese día frente a su edificio se estrellaría el avión de Mouriño. Copy escribió un largo relato, lo envió a mi mail. Copy creía que yo había muerto. Escribió una gran novela. La novela no estaba terminada. Le hice correcciones y se la mandé por mail. Le agregué una serie de epílogos. Copy no me contestó. Sé que formateó su ordenador. Lo sé porque no he vuelto a saber nada de él. Copy creía que yo estaba muerto. Ahora sabe que lo engañé. Nuestra novela era buena. Yo la había causado, él la había escrito. Lo mejor que Copy y yo habíamos escrito. Habíamos escrito y vivido. Copy fue mi vida. Viví en él. Ahora escribo por él.

Se despide

COPY

4. El sentido de un final

¿Qué ocurrió aquí?

Las notas y reflexiones de Frank Kermode en su libro *El sentido de un final: estudios sobre la teoría de la ficción* nos serán de ayuda en más de una manera. Frank Kermode, hermeneuta y pensador británico, estudia la composición de los discursos apocalípticos acentuando la concordancia entre la vida humana y la estructura de sus ficciones.

Frank Kermode, es importante decirlo, considera la ficción como imagen temporal del mundo ordenada conforme a la proximidad de un “Final”. Este “Final” presupone un “Principio” que lo determina. La relación entre el “Principio” y el “Final” dota de un lugar y un sentido a los acontecimientos que se ubican entre ambos. El escritor de tradición apocalíptica desarrolla de esta forma un discurso de auto referencialidad. Dejemos que Frank nos explique.

“Frank: el Apocalipsis depende de la concordancia entre el pasado imaginativamente registrado y el futuro imaginativamente predicho, alcanzada en nombre de nosotros, los que permanecemos en el medio”

Frank Kermode es un tipo listo, lo leí hace años en la universidad. Frankie aplica estos conceptos en distintas obras literarias que van desde textos de configuración canónica como el Apocalipsis de Juan hasta textos contemporáneos como el Laberinto de Robbe Grillet, donde como ocurre en el cuento “El final sostenido” se muestra una falsa temporalidad, una falsa causalidad. Palabra, sentido. Sentidos.

“Kermode: La nueva escritura se repite, se bisecta, se modifica, se contradice, sin acumular nunca un volumen suficiente para construir un pasado y con ello una “historia” en el sentido tradicional del término”

:)

Les digo que es un tipo listo.

Una búsqueda cuyo sentido, como ocurre con el narrador de nuestra novela, se contiene dentro del campo

perceptivo del mismo, acentuando de este modo su naturaleza transicional.

Espero Copy un día me perdone,

Ya tienes tu primera novela.

Era lo que más querías en esta vida.

Espero alguien se digne a publicarla.

Está hecha con tus cuentos.

Los cuentos que escribías cuando eras joven.

Cuando creías.

Cuando crecías

Cuando escribías.

André Gaspar.

2012